



COLECCIÓN
DEBATES

Claudio Katz

**¿ES RUSIA UNA
POTENCIA IMPERIALISTA?**

Claudio Katz

¿Es Rusia una potencia imperialista?



© Claudio Katz

© Editorial Inti
editorial.inti@gmail.com

Primera edición boliviana, junio 2022

Edición al cuidado de
Javier Larraín Parada

Diseño portada
Karina Acuña Nogales

Foto de portada
1º Mayo de 1993, Moscú - Tomada de Internet

Diseño y diagramación
Boris Ríos Brito

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por procedimientos mecánicos, ópticos, químicos, eléctricos, electrónicos, fotográficos, incluidas las fotocopias, sin autorización escrita de los editores.

Presentación

A raíz de los debates suscitados en el campo de las izquierdas regionales y mundiales a partir del conflicto ruso-ucraniano en curso, durante los meses de abril y mayo el economista argentino Claudio Katz publicó una serie de cuatro artículos, cuyo título mayor recogemos en esta edición: *¿Es Rusia una potencia imperialista?*

En esos trabajos el autor se sumerge en problemáticas cruciales respecto a Rusia, imprescindibles a la hora de revisar y reflexionar su pasado –zarista, soviético–, su presente como potencia capitalista de primer orden, su papel en la geopolítica global en el tiempo, así como su desenvolvimiento interno luego del derrumbe de la URSS.

Con la debida autorización del autor, dejamos en sus manos los mentados textos, intitulados: “Gestación no hegemónica”, “El legado de Lenin”, “Continuidades, reconstituciones y rupturas” y “Miradas benévolas”.

Finalmente, con el objetivo de facilitar y enriquecer el proceso lector y el análisis, anejamos un soporte gráfico: “Mapa del Imperio ruso”, “Mapa de la URSS” y “Mapa de la Rusia actual”.

Esperamos sea del agrado de todas y todos.



La bandera roja fue retirada del Kremlin el día de la disolución de la URSS, 25 de diciembre de 1991.

I

Gestación no hegemónica

Nadie hubiera preguntado si Rusia actuaba como una potencia imperialista en los años que siguieron al colapso de la Unión Soviética. En esa época solo se discutía si ese país mantendría alguna relevancia. La era Yeltsin condujo a la insignificancia internacional de Moscú y todas las evaluaciones sobre el imperialismo estaban referidas a los Estados Unidos.

Tres décadas después ese escenario ha mutado en forma drástica, con el resurgimiento de Rusia como gran actor geopolítico. Este viraje ha reabierto los debates sobre la pertinencia de la categoría imperial para ese país. El concepto es asociado con la figura de Putin y ejemplificado en la reciente invasión a Ucrania. Esa incursión es vista como una contundente prueba del renovado imperialismo ruso.

Las miradas más corrientes consideran que esa impronta es un dato indiscutible. Destacan que Moscú oprime a sus vecinos con el objetivo de socavar la libertad, la democracia y el progreso. También denuncian que el Kremlin intensifica su agresividad para expandir un modelo político autocrático.

Desaciertos convencionales

Los principales gobiernos y medios de comunicación de Occidente cuestionan las incursiones de Moscú que justifican en el propio campo.

El despliegue de tropas en Ucrania, Georgia o Siria es presentado como un acto inadmisible, pero las ocupaciones de Afganistán, Irak o Libia son interpretadas como episodios habituales. La anexión de Crimea es categóricamente repudiada, pero la apropiación de tierras en Palestina es calurosamente bienvenida.

Esa hipocresía es combinada con inverosímiles denuncias para atemorizar a la población. Se describe un gigantesco poder ruso con inconmensurable capacidad de daño. La manipulación moscovita de los comicios estadounidenses, a través de infiltrados y algoritmos, ha sido la acusación más absurda de esa campaña.

Todas las conspiraciones diabólicas son atribuidas a Putin. Los medios suelen mostrarlo como la encarnación del mal. Es retratado como un déspota que reconstruye un imperio con brutales métodos de totalitarismo interno (Di Palma, 2019). Nunca se hacen comparaciones con las elogiadas plutocracias de los Estados Unidos o Europa, que imponen la convalidación del dominio ejercido por las élites gobernantes.

Las liberales suelen describir al imperialismo ruso como una enfermedad enraizada en la historia autoritaria del país. Consideran que esa sociedad arrastra una antigua compulsión al avasallamiento de territorios ajenos (La Vanguardia, 2020).

Con esa mirada repiten lugares comunes, sin avanzar en la evaluación seria del problema. Si Rusia contiene el gen del imperio en su innata constitución, no tendría mucho sentido

profundizar el estudio del tema. Constituiría simplemente un caso perdido frente a las con-sabidas virtudes de Occidente.

Con la misma naturalidad que se resalta la omnipotencia imperial de Rusia, se exime a los Estados Unidos y a sus socios de esa condición. El imperialismo es visto como un corolario de la autocracia moscovita, que el apego a la tolerancia republicana ha evitado en el universo transatlántico. Cómo se compatibiliza ese relato con el saqueo colonial padecido por África, Asia y América Latina es un irresoluble misterio.

Las diatribas contra Moscú recrean el viejo libreto de la Guerra Fría, que contraponía el opresivo totalitarismo ruso con las maravillas de la democracia norteamericana. Los muertos que desparramó el Pentágono para garantizar los beneficios de ese paraíso son rigurosamente ocultados. El contraste entre la felicidad estadounidense y la lúgubre supervivencia de Rusia ha persistido como un invariable mito.

La compulsión imperial del Kremlin es también observada como un desafortunado recurso del país, para lidiar con su sombrío destino. Las miradas eurocéntricas más extremas observan a los rusos como una etnia de blancos que no supo asimilar la civilización occidental y quedó atascada en el atraso de Oriente. El castigo nazi intentó resolver esa anomalía con el exterminio de una parte de los eslavos, pero la derrota de Hitler sepultó durante un largo tiempo las ópticas denigratorias. En la actualidad vuelven a renacer los viejos prejuicios.

Para evaluar con alguna seriedad el lugar de Rusia en el club de las potencias imperiales hay que archivar esas tonterías. Se necesita clarificar ante todo el status de ese país en el universo del capitalismo. La vigencia de ese sistema es una condición de pertenencia al enjambre imperial. El desconocimiento de esa conexión impide a los liberales (y a sus vulgarizadores mediáticos) aproximarse al entendimiento del problema.

La reintroducción del capitalismo

Desde hace tres décadas prevalecen en Rusia los tres pilares del capitalismo: 1) Se restauró la propiedad privada de los medios de producción; 2) Se consolidaron las normas de ganancia, competencia y explotación; y 3) Se introdujo un modelo político que garantiza los privilegios de la nueva clase dominante.

La adopción de ese sistema fue vertiginosa. En tan solo tres años (1988-1991) quedó sepultado el intento de reformas paulatinas de la URSS que promovía Gorbachov. Como su modelo de Perestroika rechazaba la renovación socialista y la participación popular, facilitó una arrolladora restauración del capitalismo. La vieja élite autodemolió su régimen, para desembarazarse de todas las restricciones que impedían su reconversión en clase propietaria.

Yeltsin timoneó esa fulminante transformación en quinientos días de privatizaciones. Repartió la propiedad pública entre sus allegados y transfirió la mitad de los recursos del país a siete grupos empresarios. El nuevo

sistema no emergió como en Europa Oriental, desde afuera y bajo la influencia occidental, sino que fue gestado desde arriba y al interior del sistema precedente.

La burocracia se transformó en oligarquía mediante un simple cambio de vestimenta. Esa misma mutación de abanderados del comunismo en exaltadores del capitalismo se verificó en todos los países asociados con el Kremlin.

Es evidente que el estancamiento económico, el declive de la productividad, la ineficiencia de la planificación compulsiva, el desabastecimiento y la subproducción determinaron el malestar que precipitó el colapso de la URSS. Pero la magnitud de esos desequilibrios ha sido sobredimensionada, olvidando que nunca presentaron la envergadura de los desplomes financieros padecidos por el capitalismo occidental. La economía soviética no afrontó, por ejemplo, un terremoto equivalente al desmoronamiento sufrido por los bancos en 2008 y 2009.

El modelo de la URSS fue sepultado en el ámbito político por una clase dominante que remodeló el país. En esa alteración radica la gran diferencia con China, que mantuvo intacta su estructura tradicional de gobierno en un nuevo escenario signado por la protagónica presencia de los capitalistas.

Esa diferencia determina la preeminencia de una restauración ya completada en Rusia y en una disputa aún irresuelta en China. El manejo del Estado ha sido la variable decisiva

del retorno al capitalismo. Este giro presenta el mismo alcance histórico que tuvo la caída de los regímenes monárquicos en el surgimiento de ese sistema.

Yelstin forjó una república de oligarcas que se apoderaron del petróleo, el gas y la exportación de materias primas. Introdujo el manejo autoritario del poder Ejecutivo y generalizó el fraude en los comicios parlamentarios.

Putin contuvo esa dinámica depredadora a través de una sostenida tensión con la nueva plutocracia. Pero no revirtió los privilegios de los millonarios. Para frenar el endeudamiento privado, el déficit externo, el temblor monetario y la desinversión local introdujo controles y disputó el poder de decisión con los enriquecidos.

Ese conflicto fue zanjado con el encarcelamiento de Jodorkovski, el desplazamiento de Medvédev y el acoso a Navalni. Al compás de esos desenlaces, Putin logró prorrogar su mandato e hizo valer su autoridad. Pero convalidó las privatizaciones y el manejo elitista de los sectores estratégicos de la economía. Tan solo puso un límite al saqueo de los recursos naturales, para marginar a los acaudalados del control directo del Gobierno.

Esa doble acción es frecuentemente incomprendida por los analistas que ubican a Putin en el simple casillero de los mandatarios autoritarios. Omiten la estratégica labor que cumplió en el afianzamiento del capitalismo.

Esa convalidación ha requerido un sistema político superpresidencial, asentado en burocracias y aparatos de seguridad que duplica-

ron el tamaño legado por Yelstin. Putin asegura su predominio vía manipulación del sistema electoral y de los candidatos que disputan cargos de relevancia.

Pero esa supremacía no implica un modelo unipersonal dependiente de los humores del primer mandatario. El jefe del Kremlin gestiona en forma consensuada, para preservar la cohesión de las élites. Con ese rol moderador evita la confrontación entre las cien familias que controlan la economía. Esa armonización exige un arbitraje que el mandatario ha perfeccionado al cabo de dos décadas de comando gubernamental.

En Rusia se corrobora, por lo tanto, la vigencia del capitalismo como insoslayable precondición de cualquier status imperial. Pero la variedad imperante de ese sistema crea otro tipo interrogantes.

Un modelo contradictorio e incierto

Desde hace tres décadas los académicos neoliberales deshojan la margarita para desentrañar cuánto maduró la ponderada “transición hacia una economía de mercado”. Nunca logran develar ese curioso devenir en un país que refutó todos augurios ortodoxos de competencia y bienestar. La prometida prosperidad capitalista no emergió de las cenizas de la URSS. La planificación burocrático-compulsiva fue reemplazada por un modelo que arrastra mayores desequilibrios (Luzzani, 2021).

La dinámica habitual de los mercados afronta inéditos obstáculos en una economía

de baja productividad, ausencia de transparencia y prácticas empresariales reñidas con los manuales del liberalismo. El peso de los monopolios es tan dominante como el protagonismo de las mafias, en un esquema irónicamente identificado con el “capitalismo jurásico”.

El curso de la acumulación está signado por la omnipresencia de los clanes y sus consiguientes modalidades de dependencia personal. Un estrecho círculo de beneficiarios lucra con mecanismos informales de apropiación, basados en la coerción estatal. Con esos patrones el capitalismo funciona en la sombra, en favor de una élite que ensancha sus patrimonios con acotada inversión, despegue productivo o expansión del consumo.

Varias adversidades del esquema imperante en la URSS (burocratismo, corrupción, descoordinación administrativa, ineficiencia) han sido recicladas en un modelo igualmente inoperante. Las relaciones culturales forjadas al cabo de muchas décadas de primacía burocrática se han recompuesto generando una inercia que potencia la desigualdad, sin permitir el desarrollo que enorgullecía a la Unión Soviética. Las viejas adversidades del modelo burocrático han convergido con las novedosas penurias del capitalismo (Buzgalin, 2016).

Desde hace treinta años prevalece un esquema de exportación de materias primas, con grandes empresas especializadas en la comercialización del gas (Gazprom), el petróleo (Rosneft) y los recursos naturales (LUKoil). El peso del sector privado es un dato tan sobre-

saliente como el enriquecimiento de los millonarios vinculados a esas actividades. Por esa dependencia del combustible exportado Rusia ha quedado sometida al vaivén internacional de los precios del petróleo.

Esa preeminencia de las materias primas contrasta con la primacía de la industria en el régimen precedente. Rusia preserva un importante desenvolvimiento tecnológico, pero la apertura importadora, la desinversión y la simple desidia afectaron severamente al viejo aparato fabril y obstruyeron su modernización. La industria fue penalizada por una élite liberal de exportadores despreocupada por ese sector. La pequeña producción fabril fue afectada además por el ingreso de corporaciones multinacionales, en un contexto de baja financiación interna.

La contracara de esa reducida provisión crediticia fue el desproporcionado endeudamiento externo de la élite que demolió a la URSS. Mediante esa hipoteca precipitaron un descontrol de los flujos financieros. El efecto de ese vaciamiento fue la enorme fuga al exterior del excedente creado en el país.

La gigantesca masa de dinero que los oligarcas diseminaron en los paraísos fiscales quedó sustraída de la acumulación. Rusia ocupa el primer lugar en el ranking mundial de capitales expatriados, que Argentina integra en el tercer puesto. La degradación que afecta a esa economía sudamericana ilustra las dramáticas consecuencias de expatriar los grandes patrimonios. En 1998 esa descapitalización condujo en Rusia a una descomunal crisis del rublo.

Putin reaccionó con drásticos cambios para contener esa vulnerabilidad neoliberal. Obstruyó la hemorragia de fondos y construyó un enorme “petroestado” que retiene el excedente comercial para facilitar el resguardo de las reservas (Tooze, 2022). Con ese dique contrapesa la fragilidad de un modelo afectado por la primarización. La consistencia de ese esquema es un gran interrogante para todos los economistas.

Actual semiperiferia

Rusia integra el casillero de las economías igualmente distanciadas del capitalismo central y periférico. Es una semiperiferia ubicada en el eslabón intermedio de la división global del trabajo. Esa inserción es asemejada por algunos analistas con el lugar mundial de India o Brasil (Clarke; Annis, 2016a). En los tres casos pesa la enorme dimensión del territorio, la población y los recursos. También se verifica la misma distancia con las economías más funcionales a la globalización (Corea del Sur, Taiwán, Malasia).

Rusia no integra el club de las potencias que comandan el capitalismo mundial. Mantiene brechas estructurales con los países desarrollados en todos los indicadores de nivel de vida, promedio del consumo o dimensión de la clase media; pero es igualmente significativa su lejanía con las economías relegadas de África o Europa Oriental. Se mantiene como una semiperiferia tan distanciada de Alemania y Francia como de Albania y Camboya.

El gigante euroasiático tampoco actúa como un simple proveedor de materias primas, hace valer su enorme influencia en el abastecimiento de gas a dos continentes. Por eso compite con otros suministradores de peso en la batalla por los precios y las condiciones de prestación de ese recurso.

Pero ninguna de las empresas rusas de energía tiene la relevancia estratégica de los bancos o las firmas tecnológicas de los Estados Unidos, Europa Occidental o Japón. El país no disputa en las ligas mayores de la competencia globalizada y del capitalismo digital.

El status semiperiférico de Rusia en la estratificación global difiere del impresionante ascenso que logró China al escalar a un lugar central de esa jerarquía. Moscú no se aproximó a ese podio.

El acoso imperial norteamericano

La conversión de Rusia en una potencia imperial es una posibilidad abierta por el peso del país en el escenario mundial. Exhibe un capitalismo inestable, pero plenamente restaurado, y una inserción internacional intermedia, pero muy gravitante. Su rol geopolítico está determinado por el choque con la estructura mundial dominante que encabeza los Estados Unidos.

Rusia es el blanco predilecto de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). El Pentágono está empeñado en socavar todos los dispositivos defensivos de su gran adversario. Busca la desintegración de

Moscú y estuvo a punto de alcanzarlo en la era Yelstin, cuando los bancos norteamericanos llegaron a tantear el control accionario de las empresas rusas (Hudson, 2022). Ese fallido intento fue sucedido por una sistemática presión militar.

El primer paso fue la destrucción de Yugoslavia, con la consiguiente conversión de una vieja provincia serbia en la fantasmal república de Kosovo. Ese enclave custodia en la actualidad los corredores energéticos de las multinacionales estadounidenses en las proximidades de Rusia.

La OTAN transformó a los tres países bálticos en una catapulta de misiles contra Moscú, pero no pudo extender ese cerco a Georgia. Falló en la aventura militar que intentó su títere de ese momento (Saakashvili).

El Pentágono se concentró posteriormente en el cinturón fronterizo del sur, mediante una gran diversidad de operativos localizados en Transcaucasia y Moldavia. Por ese camino terminó convirtiendo a Ucrania en la madre de todas las batallas.

El ensañamiento yanqui contra Rusia incluye un ingrediente de inercia y otro de memoria histórica por la experiencia de la Unión Soviética. Demoler al país que incubó la primera revolución socialista del siglo XX es una meta reaccionaria que ha sobrevivido a la propia desaparición de la URSS (Piqueras, 2022). A pesar de la categórica preeminencia del capitalismo, Occidente no ha incorporado a Rusia a su esfera corriente de funcionamiento.

Estados Unidos desenvuelve una interminable sucesión de agresiones para impedir la recomposición de su enemigo. Implementa esa escalada con una alianza militar forjada en la postguerra, como si el extinguido campo socialista se mantuviera en pie. La OTAN recrea la Guerra Fría con los mismos lineamientos del siglo XX y reaviva las viejas tensiones internacionales. De la misma forma que la Santa Alianza continuó hostilizando a Francia luego de la derrota de Napoleón (por la simple memoria de la Revolución), la agresión contemporánea contra Rusia incluye resabios de venganza contra la Unión Soviética.

Complicidades y reacciones

Francia y Alemania participan del acoso a Rusia con una agenda propia que prioriza la negociación económica. Moscú ofrece suministros de energía en condiciones muy convenientes para las industrias germanas y Berlín intentó contrarrestar el disgusto de Washington con esa sociedad.

El punto crítico se ubica en las obras del oleoducto construido bajo las aguas del mar Báltico (Nord Stream 2). Ya se han ensamblado mil doscientos treinta kilómetros de tuberías que conectan directamente al proveedor ruso con el adquiriente germano. Estados Unidos recurrió a todas las maniobras imaginables para sabotear ese proyecto que rivaliza con sus ventas de gas licuado. Ese conflicto es uno de los principales trasfondos de la guerra de Ucrania.

Washington ha presionado en todos los terrenos y durante la pandemia pudo imponer el veto europeo a la vacuna Sputnik. Ahora exige una sumisión total en sanciones contra Moscú, que tienden a socavar el proyecto alemán de convenios comerciales con Rusia.

Berlín intentó aprovechar el desmoronamiento de la URSS para extender sus prósperos negocios de Europa Oriental. Buscaba usufructuar de la apertura comercial iniciada por Yeltsin y aspiraba a forjar un eje franco-alemán para atenuar el predominio de Washington. El Departamento de Estado escaló los choques con Rusia para neutralizar esa estrategia y consiguió arrastrar a sus socios a la gran cruzada en curso contra Moscú (Poch, 2022).

Estados Unidos impuso un rearme de la OTAN que acrecienta la brecha de gastos militares con Rusia. El presupuesto bélico de la primera potencia bordeó en 2021 los ochocientos once mil millones de dólares; Gran Bretaña invirtió setenta y dos mil millones; Alemania sesenta y cuatro mil millones; y Francia cincuenta y nueve mil millones. Esas cifras superan largamente los sesenta y seis mil millones de dólares de la Federación Rusa (Jofré, 2021).

La guerra de Ucrania fue precedida, además, por una intensificación de los ejercicios transatlánticos conjuntos. En el "Defender-Europe 21" (mayo y junio del año pasado) participaron cuarenta mil efectivos y quince mil unidades de material bélico, con simulaciones muy próximas a las fronteras del Este.

Rusia intentó frenar esa avanzada con varias propuestas desoídas por Occidente. Ese rechazo ha sido una constante de Washington, que defraudó una y otra vez a Putin. El líder del Kremlin inició su carrera con una gran expectativa de coexistencia con los Estados Unidos. Después de la traumática experiencia de Yeltsin intentó alcanzar un status quo basado en el reconocimiento de Moscú como potencia. Con ese propósito emitió incontables mensajes de conciliación.

Putin colaboró con la presencia yanqui en Afganistán, mantuvo términos cordiales con Israel, canceló la entrega de misiles a Teherán y no interfirió el bombardeo a Libia (Anderson, 2015). Esa sintonía inicial llegó a incluir una sugerencia de asociación con la OTAN.

El Departamento de Estado respondió a todas las ofrendas de paz con mayores incursiones y Putin perdió sus ilusiones de convivencia armoniosa. En 2007 comenzó una contraofensiva que afianzó con las victorias de Georgia y Siria. Mantuvo propuestas de armisticio que Washington ni siquiera consideró (Sakwa, 2021).

Rusia es hostilizada con el mismo desca-ro que el Pentágono exhibe frente a todos los países que desoyen sus exigencias. Pero los Estados Unidos confrontan, en este caso, con un rival que no es Irak o Afganistán, ni puede ser maltratado como África o América Latina.

Intervención externa y armamento

Rusia es un país capitalista que ha recompuesto su gravitación internacional, pero no reunía hasta la incursión en Ucrania los rasgos generales de un agresor imperial. Ese formato presupondría profundizar un curso geopolítico ofensivo que Putin aún no desenvuelve, pero ya sugiere.

La implosión de la URSS fue sucedida por tensiones bélicas en ocho de las quince exrepúblicas soviéticas. En todos los conflictos de sus zonas aledañas Moscú desplegó su fuerza militar. De la discreta presencia antes de la destrucción de Yugoslavia pasó a una fulminante incursión en Georgia y a la invasión actual a Ucrania.

Rusia intenta frenar el pasaje de sus viejos aliados al campo occidental y pretende evitar la desestabilización de sus fronteras. Un ejemplo de esa política fue la reciente tregua que impuso a los armenios y azerbaiyanos en Nagorno Karabaj. Avaló la recuperación de territorios que consumó el segundo contendiente, para contrarrestar la derrota sufrida en 2016.

Pero frente al peligro de una conflagración mayor Putin forzó un armisticio que disgustó a sus aliados de Armenia. Moscú exhibió su poderío al imponer un arbitraje que pospone la resolución de los conflictos pendientes: refugiados, autonomías locales, corredores de unión de zonas pobladas por ambos grupos.

El equilibrio con todas las élites locales bajo su estricto comando guía la intervención

del Kremlin en el espacio postsoviético. Rusia ordena sus decisiones siguiendo la doctrina Primakov, que propicia una recuperación del peso del país para contrarrestar la hegemonía de los Estados Unidos (Armanian, 2020).

El gestor de esa concepción ganó relevancia como precursor de Putin, promoviendo el proyecto multipolar frente al unilateralismo norteamericano. Propició un triángulo estratégico con India e China (ampliado a Brasil y Sudáfrica), para crear un polo alternativo a la primacía estadounidense.

Putin ha seguido esas pautas para frustrar la dominación unilateral de Washington, a fin de convertir al Kremlin en un coadministrador de los asuntos internacionales. Esa estrategia es muy activa, pero no define un status imperial.

La acción militar es el ingrediente clave de esa condición y el poderío bélico de Rusia ha ganado visibilidad. Moscú cuenta con quince bases militares en nueve países extranjeros y hace valer su gravitación como segundo exportador mundial de armas.

Esa influencia bélica no compite con el arsenal del contrincante norteamericano. Estados Unidos tiene ochocientas bases extranjeras y duplica las exportaciones del armamento ruso. De las cien principales empresas de este sector cuarenta y dos corresponden a Washington y solo a diez a Moscú. Además, el gasto de defensa de los veintiocho miembros de la OTAN supera en diez veces a su equivalente ruso (Smith, 2019).

Pero la incidencia de la economía armamentista en Rusia es muy significativa. Es el único sector exento del retroceso industrial que sucedió a la caída de la URSS. La alta competitividad de esa rama ya constituía una excepción durante el declive de ese régimen y se ha consolidado en las últimas décadas.

Putin no se limitó a preservar el arsenal legado por la Unión Soviética. Reactivó la industria militar para afianzar la presencia internacional del país. Esa intervención obliga a extender las funciones del complejo militar más allá de su lógica disuasiva. La dinámica defensiva de esos dispositivos coexiste con su utilización para intervenciones externas.

Un imperio no hegemónico en gestación

Rusia no forma parte del imperialismo dominante, ni es socio alterimperial o coimperial de ese entramado. Pero desenvuelve políticas de dominación con intensa actividad militar. Es globalmente hostilizada por los Estados Unidos, pero adopta conductas opresivas en su propio radio, ¿cómo podría definirse ese contradictorio perfil? El concepto de “imperio no hegemónico en gestación” sintetiza esa multiplicidad de rasgos.

El componente “no hegemónico” está determinado por el lugar contrapuesto que mantiene el país frente a los centros del poder imperial. Al igual que China, es objeto de un sistemático acoso por parte de la OTAN y ese hostigamiento ubica a Rusia fuera del principal circuito de dominación del siglo XXI.

El elemento imperial despunta en forma embrionaria. La restauración capitalista en una potencia con siglos de prácticas opresivas ya se ha consumado, pero los indicios de políticas imperiales tan solo asoman como posibilidades. El término de “imperio en formación” resalta ese status incompleto y a la vez congruente con el regreso del capitalismo.

La definición de un “imperio no hegemónico en gestación” permite evitar dos unilateralidades. La primera aparece con el mero señalamiento de conflictos entre Moscú y Washington. La segunda con la exclusiva atención a las tendencias opresivas.

El doble status de Rusia –como imperio naciente enfrentado con el dominador estadounidense– es soslayado por los analistas que optan por la mera descripción de la política moscovita. Destacan correctamente que Rusia es el país más grande del planeta, sin cabida posible en asociaciones con Europa o Asia. Cuenta, además, con un arsenal nuclear tan solo superado por los Estados Unidos.

Pero Rusia mantiene un desenvolvimiento económico muy desequilibrado y con mayúsculas debilidades frente a China. Arrastra una convulsiva restauración capitalista, que obstruye su encasillamiento en los modelos habituales del imperialismo.

Las comparaciones con Brasil o India no resuelven el status imperial de Rusia, puesto que esa condición es igualmente controvertida en ambos referentes. En el siglo XXI ya no alcanza con distinguir a las potencias centrales

dominantes de los países periféricos sometidos. Tampoco la simple constatación de semejanzas entre economías semiperiféricas de gran porte esclarece el status geopolítico de cada país. El acoso norteamericano a Rusia no se extiende a India o Brasil y determina un lugar muy distinto de Moscú en el orden global.

La caracterización de Rusia como un “imperio no hegemónico en gestación” contrasta con la imagen de una potencia ya integrada al imperialismo. La inserción semiperiférica, el radio acotado de las intervenciones militares de Moscú y la magnitud reducida de las firmas transnacionales rusas ilustran diferencias con un status ya afianzado. Pero Rusia incluye nítidas potencialidades imperiales por su condición capitalista y por su rol dominante en los conflictos con los vecinos.

El “imperio en gestación” afronta una prueba decisiva en la guerra de Ucrania. Esa incursión introduce un giro cualitativo en la acción de Moscú, cuyos resultados incidirán en la condición internacional del país. El conflicto ha consolidado el lugar contrapuesto de la potencia euroasiática frente al imperialismo occidental, pero a la vez refuerza la conducta opresiva del Kremlin en su radio fronterizo. Las tendencias imperiales que asomaban como posibilidades han adoptado otro espesor tras el operativo militar contra Kiev (Katz, 2022a).

El escenario de esa contienda sigue abierto. Pero cabría imaginar que si Rusia sale airosa de esa primera incursión en gran escala su embrionario perfil actual podría tender a madu-

rar, hasta atravesar la barrera que lo separa de un imperio en regla.

Por el contrario, si Moscú afronta una súbita derrota o se empantana en una agobiante guerra de desgaste las tendencias imperiales podrían abortar antes de efectivizarse. Ucrania definiría en ese caso si Rusia consume o diluye su salto hacia un status imperialista.

Pero en ambas hipótesis hay que clarificar más elementos del significado contemporáneo del imperialismo. Analizaremos ese problema revisando la tesis de Lenin en nuestro próximo texto.



Vladímir Lenin, León Trotsky y Lev Kamenev motivan a las tropas a luchar en la guerra soviético-polaca, 1 de mayo de 1920.

II El legado de Lenin

En el pensamiento marxista es habitual utilizar criterios extraídos de Lenin para discernir si Rusia es o no imperialista. A principio del siglo XX el líder bolchevique interpretó la dinámica imperial a la luz de una etapa final del capitalismo. Consideró que ese período estaba signado por la crisis, la guerra y la revolución, y observó la gran conflagración de 1914-1918 como una prueba del ocaso del sistema. Posteriormente confirmó esa caracterización con el triunfo de la Revolución rusa y estimó que esa victoria inauguraba la transformación socialista de todo el planeta.

Lenin elaboró su teoría del imperialismo concibiendo ese escenario de inminente extinción del capitalismo. Entendía que los nuevos rasgos económicos de su época eran representativos de la desaparición de un régimen social y del nacimiento de otro. Evaluaba la exportación de capital, la preeminencia de los monopolios y la supremacía del capital financiero como indicadores del agotamiento del capitalismo y la madurez del socialismo (Lenin, 1916).

La secuencia histórica posterior siguió otra trayectoria, pero la fértil visión de Lenin continúa en el centro de los debates. Distintos enfoques ponderan, actualizan o reconsideran su mirada. Nuestro balance se emparenta con esta última revisión (Katz, 2011). Pero la gran

pregunta actual gira en torno a la pertinencia de su tesis para clarificar el status de Rusia: ¿Ofrece los instrumentos requeridos para esclarecer la eventual condición imperial de ese país?

Los autores que responden en forma positiva a ese interrogante destacan la semejanza de la era actual con el período retratado por el líder bolchevique. Consideran que los criterios aportados por el dirigente comunista clarifican el perfil imperial de las principales potencias del siglo XXI.

Pero de esa evaluación surgen dos respuestas contrapuestas sobre el status contemporáneo de Rusia. Algunos planteos deducen que ya se ubica en el club de los imperios dominantes y otros estiman que no reúne los requisitos para participar de ese entramado. Ambas interpretaciones afrontan serios problemas.

Criterios incumplidos

Los enfoques que observan a Rusia como una potencia imperial ya consumada utilizan parámetros del texto de Lenin para resaltar esa condición. Estiman que tres elementos económicos señalados en ese libro son definitorios de ese status: 1) El predominio de la exportación de capitales; 2) La primacía de los grandes monopolios; y 3) La preeminencia de los sectores financieros. Consideran que esas características ya son dominantes en la potencia euroasiática.

De la misma manera plantean que esa incidencia corona el fulgurante ascenso de una clase dominante que digirió el colapso de los

años noventa. Entienden que esa oligarquía se desprendió de sus pasivos incobrables para motorizar inversiones en el extranjero, crear corporaciones globales y explotar la periferia (Pröbsting, 2012).

Pero esa imagen no condice con la dinámica de una economía muy distante de los colosos del capitalismo. Moscú incumple todos los criterios atribuidos a Lenin para situar a ese país en el podio de la economía mundial.

Rusia carece, ante todo, del arrollador capital financiero que exige aquel barómetro. Si a principios de siglo XX poseía una estructura bancaria dependiente del extranjero, actualmente se desenvuelve en los márgenes de la globalización financiera. En la década pasada contaba con una sola entidad entre los principales cincuenta bancos del mundo (en términos de activos) y solo dos entre los cien mayores. Arrastra, además, un bajísimo desarrollo del circuito crediticio interno (Williams, 2014).

Es cierto que figura en las estadísticas internacionales como un gran colocador de capitales. Pero esa medición está condicionada por la monumental fuga de divisas, que consumó la capa dominante para proteger sus patrimonios. El grueso de esos fondos está localizado en inversiones inmobiliarias o paraísos fiscales y lucra con la especulación financiera global. Esa participación ubica a Rusia muy lejos del inversor imperialista, en la acepción clásica del término.

La economía rusa tampoco es influyente en la exportación de capitales. En este plano,

se ubica apenas por encima de Finlandia y por debajo de Noruega (Desai, 2016). Esa reducida incidencia es coherente con la baja gravitación de sus exportaciones de mercancías. En 2017 el país ocupó el puesto diecisiete en el volumen de las ventas mundiales, detrás de varias economías que nadie situaría en el club de los imperios (México, Emiratos Árabes Unidos, Singapur). El petróleo y el gas representan el grueso de los productos comercializados en el exterior, que están integrados en un 82% por materias primas (Smith, 2019). Este perfil primarizado no se amolda con el retrato de una economía imperialista.

Los seguidores de la clasificación leninista subrayan la gravitación de los monopolios rusos como factor determinante del status imperial. Pero en el ranking de las cien principales corporaciones del planeta solo figuran cuatro empresas rusas. Esa baja incidencia internacional es compartida por otras economías que han logrado situar a sus contadas megaempresas en el ranking global, sin ninguna ambición de integrar el club de los imperios.

Rusia no reúne, por lo tanto, las tres condiciones económicas señaladas para acceder a esa selección. Pero el problema conceptual supera esa mera exclusión, puesto que la aplicación de ese criterio exigiría colocar en el ranking de los dominadores a países manifiestamente alejados de ese sitio. Suiza reúne, por ejemplo, todos los atributos del gigantismo financiero para ubicarse en la crema de las grandes potencias, a pesar de su insignificancia geopolítica y militar.

También la mera preeminencia internacional de ciertos monopolios podría ubicar a algunos países dependientes en ese techo y la misma colocación se extendería por el simple registro de la exportación de capitales. Este último rasgo se amplió a varias economías asiáticas carentes de cualquier perfil imperial, pero altamente integradas a la globalización.

Los parámetros atribuidos a Lenin no esclarecen el status de Rusia e introducen irresolubles problemas conceptuales en su generalización al resto del mundo. Su utilización para argumentar que Moscú ya alcanzó una acabada condición imperial induce a sobredimensionar el desenvolvimiento real de esa economía. Se supone que completó todos los casilleros de una dudosa clasificación, omitiendo la gran distancia que separa al país de las potencias centrales.

Indicios más contundentes

Rusia no forma parte del grupo económico dominante del capitalismo mundial. Esa exclusión se verifica con ejemplos más evidentes que los expuestos en la corroboración de las normas observadas en Lenin.

El país cuenta con un PBI inferior a la mitad del prevaleciente en los Estados Unidos y la productividad de su mano de obra se ubica en la mitad de la media europea (Clarke; Annis, 2016a). La producción manufacturera no dista de India, Taiwán, México o Brasil, y suele lidiar con serios escollos para ascender a un escalón superior de la división global del trabajo.

Esa lejanía de las economías desarrolladas no coloca a Rusia en el polo opuesto del Tercer Mundo (o del rebautizado Sur Global). Forma parte del segmento internacional de las semiperiferias, con un desenvolvimiento relativamente autárquico. Es una economía intermedia que debería recorrer un largo camino para acceder a la liga de los poderosos del planeta. Mantiene un PBI semejante a otros emergentes de nueva o vieja data, como Australia o España.

Esa configuración sustrae al país de las habituales presiones de sobreproducción o sobreacumulación que empujan a las economías más avanzadas a descargar excedentes en el exterior. Esa carencia constituye otro indicio de su lejanía del imperialismo en la caracterización meramente económica de ese dispositivo.

Rusia incumple el típico patrón de cualquier economía imperial en sus relaciones con la periferia. Exhibe un escaso comercio con los países relegados y obtiene pocos lucros del intercambio desigual. No participa de la habitual provisión de bienes sofisticados a cambio de insumos básicos, que caracteriza a las potencias dominantes.

La gravitación internacional de Rusia deriva de su peso geopolítico-militar y no de su influencia económica. Esa singularidad se verifica, por ejemplo, en la relación del gigante euroasiático con América Latina. Su presencia en la Región se extinguió con la implosión de la URSS e inició un moderado retorno posterior que no ha alcanzado gran significación comercial o financiera. Las exportaciones a La-

inoamérica representaron apenas el 1.2% de las ventas y el 2.8% de las compras del país en 2017 (Tirado, 2019).

Resulta más fácil encontrar pruebas de preeminencia económica de Brasil o México que de Rusia en el hemisferio. No captura plusvalía, no absorbe renta y al igual que Venezuela o Ecuador su principal exportación es el petróleo. Moscú es totalmente ajeno a la batalla que libran Beijing y Washington por el predominio comercial al sur del Río Grande.

Rusia circunscribe sus negocios a ciertas actividades específicas. No promueve ningún organismo tipo Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac)-China, ni intenta confeccionar tratados regionales (Schuster, 2017). Privilegia el sector de la energía y ciertas obras de infraestructura en los acuerdos suscritos con Bolivia, Brasil o Argentina.

Estas iniciativas solo complementan la lógica geopolítica de la reciprocidad que el Kremlin ensaya en un territorio tradicionalmente controlado por los Estados Unidos. Moscú pretende disuadir las agresiones de Washington con cierta presencia en el hemisferio de su enemigo.

Un instrumento de ese contrapeso es la venta de armas, que saltó de mil doscientos cuarenta y siete millones de dólares en 2005 a seis mil trescientos cuarenta y siete millones en 2012. El equipamiento bélico "Made in Russia" mantuvo su significación sin alcanzar volúmenes siderales y permite visibilizar a Moscú en la Región. Esa influencia bélica es irrelevante

en comparación al Pentágono, pero envía un mensaje al Departamento de Estado.

Rusia no hace valer su gravitación en el “patio trasero” de su rival con mercancías, capitales o inversiones. Exhibe influencia a través de la diplomacia, la geopolítica y el sostén de los gobiernos hostilizados por Washington.

Dilemas con China

La caracterización imperial de Rusia con criterios económicos extraídos de Lenin afronta las contundentes refutaciones que han resaltado los críticos de ese status (Smith, 2019). Pero esas objeciones se quedan a mitad de camino al limitar su evaluación a ese caso. El país estudiado viola los requisitos para una clasificación imperial con los instrumentos citados. Pero, ¿qué ocurre con la situación más conflictiva de China?

En cualquier área de las finanzas, el comercio o la inversión el gigante oriental reúne todas las condiciones del recetario tomado de Lenin para ubicarse en la cima del poder imperial. Supera con creces los exámenes de una potencia dominante.

China ni siquiera se mantiene en el umbral previo de exportador de bienes básicos e importador de capitales que observan algunos analistas (Dolek, 2018). Ya dejó atrás ambas asignaturas y actúa como un gran financista foráneo mientras exporta bienes intermedios (e incluso de avanzada tecnología).

Con los criterios en discusión China quedaría incorporada a una liga de imperios que Rusia no integraría. Pero ese corolario choca

con cualquier registro del escenario actual. Es evidente que Moscú desenvuelve acciones geopolíticas y militares más descollantes que Beijing. China suele mantener una sobria prescindencia en ambos terrenos. Esta diferencia permite sugerir una cercanía al imperialismo que Rusia ya insinúa y China aún no esboza. Este dato decisivo es omitido en las evaluaciones centradas en los parámetros extraídos del instrumental de Lenin. La presencia de los ingredientes económicos –resaltados en esa fórmula clásica– son inoperantes para emitir un veredicto de pertenencia al círculo imperial.

Para dilucidar ese estadio hay que analizar con más detenimiento las intervenciones foráneas, las acciones geopolítico-militares externas y las tensiones con el entramado bélico que encabeza los Estados Unidos.

Esa indagación debe privilegiar hechos y no meros enunciados expansionistas. El imperialismo no es un discurso, es una política de intervención externa sistemática. Con ese criterio hemos postulado que China no es una potencia imperialista (Katz, 2021a). Y para el caso de Rusia proponemos el concepto de “imperio no hegemónico en gestación”.

Lenin ayer y hoy

El líder bolchevique describió los rasgos generales del imperialismo de su época sin proponer una estricta clasificación de los países incluidos en esa estructura. Nunca tuvo la intención de construir un mapa del orden mundial con parámetros económicos (Proyect, 2014).

Lenin estimaba, por ejemplo, que Rusia integraba en su época el círculo imperial, a pesar de incumplir todas las condiciones financiero-comerciales requeridas para formar parte de esa asociación. En la era final de los zares Moscú contaba con una estructura financiera muy frágil, carecía de pujanza exportadora y no albergaba un empresariado involucrado en la disputa por el botín mundial.

Ese subdesarrollo económico no alteraba el status imperialista de Rusia, que fue corroborado durante su participación en la Primera Guerra Mundial. La presencia en esa sangría (y no el acervo económico acumulado) ubicaba a Rusia en el tándem de los imperios (Dolek, 2018). Lenin privilegiaba esa dimensión en todas sus miradas.

La misma evaluación involucraba a otro contendiente. A principio del siglo XX Japón no era un exportador relevante de capital y tampoco contaba con formas preeminentes de capital financiero. En ninguna esfera reunía la madurez capitalista exhibida por otros participantes de la competencia mundial. Pero entre 1895 y 1910 desplegó su arrolladora maquinaria militar en Asia Oriental y por esa razón exhibía un incuestionable status imperial. Al igual que en el caso ruso, en esa clasificación primaba el criterio geopolítico (Ishchenko, 2019).

Los parámetros económicos descritos por Lenin especificaban rasgos capitalistas de principios del siglo XX, que presentaban especial intensidad en Alemania o Gran Bretaña.

Esas características perdieron (o modificaron) posteriormente su significación inicial.

La primacía de la exportación de capital, la centralidad del capital financiero y la gravitación de ciertos monopolios no permanecieron invariables en la postguerra y mutaron en forma radical en las últimas décadas. Lenin nunca pretendió elaborar un recetario atemporal.

Los diagnósticos que el líder bolchevique postuló para el capitalismo del comienzo del siglo XX no rigen en la actualidad. Si se desconoce esa inadecuación resulta imposible comprender el status de Rusia en las últimas cuatro décadas de capitalismo neoliberal, precarizador, digital y financiarizado.

El rol de esa potencia debe ser contextualizado en este marco específico y no en el escenario de la centuria pasada. El imperialismo no ha permanecido inalterado al cabo de tanto tiempo y amoldó sus dispositivos a las nuevas exigencias del capitalismo.

La centralidad de la guerra

El principal legado de Lenin sobre el imperialismo no está focalizado en el plano económico. Sus evaluaciones sobre los monopolios, las finanzas y la exportación de capital solo formaban parte, a principio del siglo XX, de un conglomerado mayor de estudios sobre el capitalismo. El dirigente ruso compartía convergencias y disidencias con numerosos economistas sobre esas investigaciones y no concebía a esa esfera como el eje de su actividad.

El líder comunista concentró toda su atención en la acción política y abordó desde ese campo el análisis del imperialismo. El principal debate que afrontó fue el posicionamiento de los socialistas frente a las guerras (Project, 2019). Lenin definió posturas frente a esos cruciales acontecimientos para impulsar cursos de acción militante. Todas sus opiniones sobre el imperialismo tenían destinatarios políticos (primero socialistas y luego comunistas) y ofrecían respuestas a las dramáticas coyunturas bélicas. Los aspectos complementarios de esa temática nunca involucraron polémicas relevantes.

Lenin retomó ante todo la diferenciación establecida por Marx y Engels entre guerras justas o legítimas y las puramente opresivas. El primer tipo de gestas contenía elementos positivos para la liberación de los pueblos. Destacaba la importancia de las confrontaciones libradas contra los monarcas, los colonialistas y la nobleza en el curso de enfrentamientos que asumían tónicas progresistas (Lenin, 1915).

Todas las acciones bélicas que afectaban a esos bastiones de la reacción eran ponderadas por su avanzada impronta. Lo mismo ocurría con las guerras que socavaban la dominación colonial. Lenin no dudaba en apuntalar las batallas de la periferia contra las potencias imperiales.

Cuando estalló la Primera Guerra Mundial el líder bolchevique encabezó un giro radical en las posturas tradicionales de los marxistas al denunciar por igual a los dos bandos

en disputa. Criticó a todos los participantes de esa sangría y rechazó las tesis del reformismo socialdemócrata que observaba atisbos de progresividad en los distintos ejércitos enfrentados. El dirigente ruso objetó, en cambio, la aplicación de la vieja distinción entre guerras justas y regresivas para este caso.

Lenin subrayó que las potencias en disputa solo ambicionaban el reparto del mundo entre los capitalistas de cada imperio. Destacó que perpetraban una carnicería para consumir la distribución del botín y convocó a propiciar la derrota de todos los bandos, con la mira puesta en abrir un camino socialista.

La teoría leninista del imperialismo gira en torno a esa batalla política. Contraponía el nuevo escenario con la atadura a los viejos esquemas y subrayaba la excepcional oportunidad que se había creado para inaugurar procesos socialistas. Con esa línea estratégica comandó la Revolución bolchevique de 1917.

La evaluación del imperialismo contemporáneo exige retomar ese legado. Lenin ofrece unos cuantos criterios para clarificar los campos en disputa, los enemigos principales y las formas de intervención en los conflictos bélicos. Ese abordaje ha cobrado enorme importancia en las discusiones actuales de la izquierda frente a la guerra de Ucrania. Nuestra postura en torno a esos debates se basa (en gran medida) en una relectura de Lenin (Katz, 2022b).

El privilegio que asignamos a la problemática bélica para dilucidar la naturaleza del

imperialismo contemporáneo no desvaloriza la dimensión económica de ese fenómeno, solo evita la simplificada reducción analítica a esta última esfera. El materialismo no es sinónimo de mera detección de las raíces económicas de los procesos sociales. Y en el caso específico del imperialismo el gran desafío radica en conectar esa dinámica con el curso de las grandes disputas geopolíticas y militares.

El imperialismo concentra los mecanismos coercitivos y disuasivos que utiliza el sistema capitalista para reforzar su dominación internacional. Opera en las relaciones entre los Estados mediante dinámicas de competencia, fuerza o disputa hegemónica y sintetiza la forma que adopta la supremacía de las distintas potencias en cada era del capitalismo.

Con este enfoque postulamos respuestas a las interrogantes que rodean a la potencial dimensión imperial de Rusia. Nuestras conclusiones sobre ese status contrastan con otras miradas, que analizaremos en el próximo texto.



Mural "Caída de la URSS"
con imágenes de Reagan y Gorbachov, s.d.

III

Continuidades, reconstituciones y rupturas

Frecuentemente se cataloga a Rusia como un imperialismo en reconstitución. Algunas miradas utilizan ese concepto para subrayar el carácter incompleto y embrionario de su despunte imperial (Testa, 2020). Pero otras recurren al mismo enunciado para destacar comportamientos expansivos desde tiempos remotos. Estas visiones postulan analogías con el declive zarista, semejanzas con la URSS y primacías de la dinámica colonial interna. Estas interpretaciones plantean intensos debates.

Contrastes y semejanzas con el pasado

Los enfoques que registran continuidades de larga data observan a Putin como un heredero de las viejas capturas territoriales. Remarcan tres estadios históricos de una misma secuencia imperial con basamentos feudales, burocráticos o capitalistas, pero invariablemente asentados en la ampliación fronteriza (Kowalewski, 2014a).

Esos parentescos deben ser precisados con cautela. Es cierto que el pasado de Rusia está signado por cuatro siglos de expansión zarista. Todos los monarcas ampliaron el radio del país para incrementar el cobro de impuestos y reforzar la servidumbre en un inmenso territorio. Las regiones conquistadas tributa-

ban a Moscú y quedaban entrelazadas al centro mediante la instalación de migrantes rusos.

Esa modalidad colonial interna difería del típico esquema británico, francés o español de captura de regiones exteriores. El número de zonas apropiadas era gigantesco y conformaba una zona geográfica única, continua y muy divergente de los imperios marítimos de Europa Occidental. Rusia era una potencia terrestre con reducida gravitación en los mares. Articulaba un modelo que compensaba la fragilidad económica con la coerción militar a través de un monumental imperio de la periferia.

Lenin caracterizaba a esa estructura como un imperialismo militar-feudal, que encarcelaba a incontables pueblos. Resaltaba el carácter precapitalista de una configuración asentada en la explotación de los siervos. Las analogías que pueden establecerse con ese pasado deben tener presente las diferencias cualitativas con ese régimen social.

No existe ninguna continuidad entre las estructuras feudales que gestionaba Iván el terrible o Pedro el Grande y el dispositivo capitalista que comanda Putin. Este señalamiento es clave frente a tantas miradas esencialistas que denuncian la naturaleza imperial intrínseca del gigante euroasiático. Con ese prejuicio el establishment occidental construyó todas sus leyendas de la Guerra Fría (Lipatti, 2017).

Las comparaciones que evitan esa simplificación permiten notar la distancia que siempre separó a Rusia del capitalismo central.

Esa brecha persistió en los ciclos de modernización que introdujo el zarismo con refuerzos militares, mayor expoliación de los campesinos y distintas variantes de servidumbre. La asfixiante tributación de ese régimen alimentaba un derroche de las élites consumistas que contrastaba con las normas de competencia y acumulación imperantes en el capitalismo avanzado (Williams, 2014). Esa fractura se recreó posteriormente y tiende a reaparecer con modalidades muy diferentes en la actualidad.

Otra esfera de afinidades se verifica en la inserción internacional del país como una semiperiferia. Esa ubicación arrastra una larga historia, en una potencia que no alcanzó la cima de los imperios dominantes pero pudo sustraerse de la subordinación colonial. Un estudioso de esa categoría remonta el status intermedio, a la marginación de Rusia de los imperios que antecedieron a la era moderna (Bizancio, Persia, China). Ese divorcio continuó con la conformación del sistema económico mundial. Ese entramado se estructuró en torno a un eje geográfico del Atlántico, con modalidades de trabajo distanciadas del servilismo imperante en el universo de los zares (Wallerstein; Derluguian, 2014).

Rusia se expandió internamente, dando la espalda a ese entrelazamiento, y forjó su imperio con el sometimiento interno (y reclutamiento forzoso) de los campesinos. Al mantenerse en esa arena exterior evitó la fragilidad de sus vecinos y la regresión que sufrieron las potencias declinantes (como España). Pero no

participó en el ascendente proceso que protagonizaron los Países Bajos e Inglaterra. Protegió su entorno actuando fuera de las principales disputas por la dominación mundial (Wallerstein, 1979).

La dinastía zarista nunca logró gestar la burocracia eficiente y la agricultura moderna que motorizó la industrialización en otras economías. Esa obstrucción bloqueó el salto económico que conquistaron Alemania y los Estados Unidos (Kagarlitsky, 2017). La dinámica imperial de Rusia siempre mantuvo una sostenida brecha con las economías avanzadas, que despunta nuevamente en el siglo XXI.

Contrastes con 1914-1918

Algunos teóricos del imperialismo en reconstitución sitúan las semejanzas con el último zarismo en la participación que tuvo Rusia durante la Primera Guerra Mundial (Pröbsting, 2012). Remarcan paralelos entre los declinantes actores del pasado (Gran Bretaña y Francia) y sus exponentes actuales (Estados Unidos) y entre las potencias desafiantes de esa época (Alemania y Japón) y sus émulos contemporáneos (Rusia y China) (Proyect, 2019).

Rusia intervino en la gran conflagración de 1914 como una potencia ya capitalista. La servidumbre había sido abolida, la gran industria despuntaba en las fábricas modernas y el proletariado era muy gravitante. Pero Moscú actuó en esa contienda como un rival muy peculiar: no se alineó con los Estados Unidos, Alemania o Japón entre los imperios emergen-

tes y tampoco se ubicó con Inglaterra y Francia entre los dominadores en retroceso.

El zarismo continuaba asentado en la expansión territorial fronteriza y fue empujado al campo de batalla por los compromisos financieros que mantenía con uno de los bandos en disputa. Fue también a la guerra para preservar su derecho a saquear el entorno próximo, pero afrontó una dramática derrota que acentuó el revés previo frente al advenedizo Imperio japonés.

El zarismo había logrado una supervivencia que no consiguieron sus homólogos del subcontinente indio o del cercano y lejano Oriente. Consiguió mantener la autonomía y la gravitación de su imperio por varias centurias, pero no pasó la prueba de la guerra moderna. Fue doblegado por Inglaterra y Francia en Crimea, por Japón en Manchuria y por Alemania en las trincheras de Europa.

Muchos analistas occidentales sugieren semejanzas de ese fracaso con la incursión actual en Ucrania. Pero todavía no hay datos de esa eventualidad y son prematuras las evaluaciones de la contienda en curso. Además, los paralelos deberían tomar en cuenta la diferencia radical que separa al imperialismo contemporáneo de su precedente.

En la guerra de 1914-1918 una pluralidad de potencias chocaba con fuerzas comparables, en un escenario muy distante de la estratificada supremacía actual que ejerce el Pentágono. El imperialismo contemporáneo opera en torno a una estructura encabezada por los Estados

Unidos y sostenida por los socios alterimperiales y coimperiales de Europa, Asia y Oceanía. La OTAN articula ese conglomerado bajo las órdenes de Washington en los grandes conflictos con los rivales no hegemónicos de Moscú y Beijing. Ninguna de estas dos potencias se ubica en el mismo plano que el imperialismo dominante. Las distancias con el escenario de principio del siglo XX son mayúsculas.

En el último reinado de los zares Rusia mantenía una contradictoria relación de participación y subordinación con los protagonistas de las contiendas bélicas internacionales; por el contrario, en la actualidad es duramente hostilizada por esas fuerzas. Rusia no cumple el rol de Bélgica o España como socio menor de la OTAN, comparte con China el sitio opuesto, de blanco principal del Pentágono. Al cabo de un siglo se verifica una drástica modificación del contexto geopolítico.

Tampoco reaparece en la actualidad la vieja competencia de 1914 por la apropiación del botín colonial. Moscú y Washington no compiten junto a París, Londres, Berlín o Tokio por el dominio de los países dependientes. Esa diferencia es omitida por las miradas (Rocca, 2020) que postulan la equivalencia de Rusia con sus pares de Occidente en la rivalidad por los recursos de la periferia.

Ese desacierto se extiende a la presentación de la guerra de Ucrania como un choque económico por el usufructo de los recursos del país. Se afirma que dos potencias del mismo signo (Vernyk, 2022) aspiran a repartirse un

territorio con grandes reservas de mineral de hierro, gas y trigo. Esa rivalidad enfrentaría a los Estados Unidos y Rusia en un choque semejante a los viejos enfrentamientos interimperialistas.

Ese enfoque olvida que el conflicto de Ucrania no tuvo ese origen económico. Fue provocado por los Estados Unidos, que se autoasignó el derecho a cercar a Rusia con misiles mientras gestionaba el ingreso de Kiev a la OTAN. Moscú buscó neutralizar ese acoso y Washington desconoció los reclamos de legítima seguridad que planteó su contrincante.

Las asimetrías entre ambos bandos saltan a la vista. La OTAN avanzó contra Rusia, a pesar de la fulminante extinción del viejo Pacto de Varsovia. Ucrania fue aproximada a la Alianza Atlántica sin que ningún país de Europa Occidental negociara asociaciones de ese tipo con Rusia.

El Kremlin tampoco imaginó montar en Canadá o México algún sistema de bombas sincronizadas contra las ciudades estadounidenses. No contrapesó la madeja de bases militares que su adversario ha instalado en todas las fronteras euroasiáticas de Rusia. Esta asimetría ha sido tan naturalizada que se olvida quién es el principal responsable de las incursiones imperiales.

Ya hemos expuesto las contundentes evidencias que ilustran cómo Rusia incumple el patrón económico imperial en sus relaciones con la periferia. No tiene sentido ubicarla en un mismo plano de rivalidad con la primera

potencia del planeta. Una semiperiferia autárquica y con reducida integración a la globalización no disputa mercados con las gigantescas empresas del capitalismo occidental.

Las lecturas en clave económica de la actual intervención rusa en Ucrania diluyen lo central. Esa incursión tiene propósitos defensivos frente a la OTAN, objetivos geopolíticos de control del espacio postsoviético y motivaciones políticas internas de Putin. El jefe de Kremlin pretende desviar la atención de los crecientes problemas socioeconómicos, contrarrestar su declive electoral y asegurar la prolongación de su mandato (Kagarlitsky, 2022). Esas metas son tan distantes de 1914-1918 como del escenario imperial contemporáneo.

Diferencias con el subimperialismo

Las semejanzas con el último imperio de los zares son a veces conceptualizadas con la noción de subimperialismo. Ese término es utilizado para describir la variante débil o menor de la condición imperial, que el Gobierno ruso compartiría actualmente con sus antecesores de principio del siglo XX. Se estima que Moscú reúne los rasgos de una gran potencia, pero actúa en la liga inferior de los dominadores (Presumey, 2015).

Con similar noción se resaltan semejanzas con imperialismos secundarios del pasado como Japón y se extiende esa similitud al liderazgo de Putin con Tojo (ministro del emperador nipón) (Proyect, 2014). Rusia es ubicada en el mismo casillero de los imperios secundarios,

que en el pasado emparentaban al zarismo con los mandantes otomanos o con la realeza austro-húngara.

Ciertamente el país acumula una historia imperial densa y prolongada. Pero ese elemento heredado solo tiene significación actual, cuando las viejas tendencias reaparecen en los nuevos contextos. El agregado “sub” no esclarece ese escenario.

El imperialismo contemporáneo perdió afinidades con su antecesor del siglo XIX y esas diferencias se verifican en todos los casos. Turquía no reconstruye el entramado otomano, Austria no guarda resabios de los Habsburgo y Moscú no resucita la política de los Romanov. Los tres países se ubican, además, en lugares muy distintos en el orden global contemporáneo.

En todas las acepciones mencionadas el subimperio es visto como una variante inferior del imperialismo dominante. Puede abandonar o servir a esa fuerza principal, pero es definido por su rol subordinado. Esa mirada desconoce que Rusia no participa en la actualidad del dispositivo imperial dominante que comanda los Estados Unidos. Se destaca que actúa como una potencia relegada, menor o complementaria, pero sin especificar en qué ámbito desenvuelve esa acción.

Esa omisión impide notar las desemejanzas con el pasado. Moscú no participa como un imperio secundario dentro de la OTAN, sino que choca con el organismo que encarna al imperialismo del siglo XXI.

Rusia es también situada como un subimperio por los autores (Ishchenko; Yurchenko, 2019) que remiten ese concepto a su formulación inicial. Esa acepción fue desarrollada por los teóricos marxistas latinoamericanos de la dependencia, pero en esa tradición el subimperialismo no es una modalidad menor de un prototipo mayor.

Marini utilizó el concepto en los años sesenta para ilustrar el status de Brasil y no para clarificar el rol de España, Holanda o Bélgica. Buscaba remarcar la contradictoria relación de asociación y subordinación del primer país con el dominador estadounidense.

El pensador brasileño destacaba que la dictadura de Brasilia estaba alineada con la estrategia del Pentágono, pero actuaba con una gran autonomía regional y concebía aventuras sin la venia de Washington. Una política semejante desenvuelve en la actualidad Erdogan en Turquía (Katz, 2021b).

Esta aplicación dependentista del subimperialismo no tiene validez actual para Rusia, que es permanentemente hostilizada por los Estados Unidos. Moscú no comparte las ambigüedades de la relación que hace varias décadas mantenían Brasilia o Pretoria con Washington. Tampoco exhibe las medias tintas de esa conexión actual con Ankara. Rusia es estratégicamente acosada por el Pentágono y esta ausencia de elementos de asociación con los Estados Unidos la excluyen del pelotón subimperial.

No hubo imperialismo soviético

Otra comparación con el siglo XX presenta a Putin como un reconstructor del imperialismo soviético. Ese término propio de la Guerra Fría es más sugerido que utilizado en los análisis afines al marxismo; en estos casos se da por sentada la opresión externa ejercida por la URSS. Algunos autores resaltan que ese sistema participaba del reparto del mundo mediante incursiones externas y anexiones de territorios (Batou, 2015).

Pero esa mirada evalúa mal una trayectoria surgida de la revolución socialista, que introdujo un principio de erradicación del capitalismo, rechazo de la guerra interimperialista y expropiación de los grandes propietarios. Esa dinámica anticapitalista quedó drásticamente afectada por la larga noche del estalinismo, que instaló formas despiadadas de represión y descabezamiento del liderazgo bolchevique. Ese régimen consolidó el poder de una burocracia que gestionó con mecanismos opuestos a los ideales del socialismo.

El estalinismo consumó un gran Termino en un país devastado por la guerra, con el proletariado diezmado, las fábricas demolidas y el agro estancado. En ese escenario quedó frenado el avance hacia una sociedad igualitaria; pero ese retroceso no desembocó en la restauración del capitalismo. En la URSS no irrumpió una clase propietaria asentada en la acumulación de plusvalía y sujeta a las reglas de la competitividad mercantil, sino que prevaleció un modelo de planificación compulsi-

va, con normas de gestión del excedente y del plustrabajo amoldadas a los privilegios de la burocracia (Katz, 2004).

Esa inexistencia de cimientos capitalistas impidió el surgimiento de un imperialismo soviético comparable a sus pares de Occidente. La nueva élite opresiva nunca contó con los soportes que brinda el capitalismo a las clases dominantes. Debió gestionar una formación social híbrida que industrializó el país, uniformó su cultura y mantuvo durante décadas una gran tensión con el imperialismo colectivo de Occidente.

La errónea tesis del imperialismo soviético está emparentada con la caracterización de la URSS como un régimen de capitalismo de Estado (Weiniger, 2015), en conflicto con los Estados Unidos por el despojo de la periferia. Esa equiparación registra las desigualdades sociales y la opresión política vigentes en la URSS, pero omite la ausencia de propiedad de las empresas y del consiguiente derecho a explotar el trabajo asalariado con las normas típicas de la acumulación.

El desconocimiento de estos fundamentos alimenta las erróneas comparaciones de la era Putin con Stalin, Brezhnev o Krushev. No registran la prolongada interrupción que tuvo el capitalismo en Rusia, más bien suponen que en la URSS persistió alguna variedad de ese sistema y por eso destacan la presencia de una secuencia imperial ininterrumpida.

Olvidan que la política externa de la URSS no reprodujo las conductas usuales de

esa dominación: luego de abandonar los principios del internacionalismo el Kremlin evitó el expansionismo y solo bregaba por alcanzar algún status quo con los Estados Unidos.

Esa diplomacia expresaba una tónica opresiva, pero no imperialista. La capa dominante de la URSS ejercía una nítida supremacía sobre sus socios a través de dispositivos militares (Pacto de Varsovia) y económicos (Comecon). Negociaba con Washington normas de coexistencia y exigía la subordinación de todos los integrantes del denominado bloque socialista.

Ese padrinazgo forzoso determinó impactantes rupturas con los gobiernos que resistieron el sometimiento (Yugoslavia con Tito y China con Mao). En ninguno de estos dos casos el Kremlin logró alterar el rumbo autónomo de los regímenes que ensayaban caminos diferenciados del hermano mayor.

Una respuesta más brutal adoptó Moscú frente a la rebelión intentada en Checoslovaquia para poner en práctica un modelo de renovación socialista. En ese caso Rusia envió tanques y gendarmes para aplastar la protesta.

Lo ocurrido con Yugoslavia, China y Checoslovaquia confirma que la burocracia moscovita hacía valer sus exigencias de potencia, pero esa acción no se inscribía en las reglas del imperialismo, que recién afloran al cabo de treinta años de vigencia del capitalismo. En Rusia comienza a despuntar un "imperio no hegemónico" que no continúa el fantasmal imperio soviético.

Las evaluaciones del colonialismo interno

Algunos autores subrayan la incidencia del colonialismo interno en la dinámica imperial de Rusia (Kowalewski, 2014b). Recuerdan que el colapso de la URSS condujo a la separación de catorce repúblicas, junto al mantenimiento de otros veintinueve conglomerados no rusos en la órbita de Moscú.

Esas minorías ocupan el 30% del territorio y albergan a una quinta parte de la población, en condiciones económico-sociales adversas. Esas desventajas se verifican en la explotación de los recursos naturales que el Kremlin administra a su favor. La administración central captura, por ejemplo, gran parte de los ingresos petroleros de Siberia occidental y del lejano Oriente.

Las nuevas entidades supranacionales de las últimas décadas convalidaron esa desigualdad entre regiones. Por esta razón han sido tan conflictivas las relaciones de la Comunidad Económica de Eurasia (2000) y la Unión Aduanera (2007) con los socios de Bielorrusia, Kazajistán, Armenia, Georgia, Kirguistán y Tayikistán.

Esas asimetrías presentan una doble cara de presencia colonizadora rusa en las zonas aledañas y emigración de la periferia hacia los centros, para nutrir la mano de obra barata demandada en las grandes urbes. Esta dinámica opresiva es otro efecto de la restauración capitalista.

Pero algunos autores relativizan ese proceso recordando que la herencia de la URSS

no es sinónimo de mero dominio de la mayoría rusa. Destacan que el idioma prevaleciente operó como una lengua franca que no obstruyó el florecimiento de otras culturas. Consideran que ese diversificado localismo permitió la gestación de un cuerpo autónomo de administradores que, en las últimas décadas, se divorció con gran facilidad de Moscú (Anderson, 2015).

La colonización interna ha coexistido con una composición multiétnica que limitó la identidad nacional rusa. Ese país emergió más como un imperio integrado por varios pueblos que como una nación definida por la ciudadanía común.

Es cierto que con el estalinismo hubo nítidos privilegios a favor de los rusos. La mitad de la población sufrió las devastadoras consecuencias de la colectivización forzosa y los traslados compulsivos; se consumó una brutal remodelación territorial, con castigos masivos a los ucranianos, tártaros, chechenos o alemanes del Volga, quienes fueron desplazados hacia zonas alejadas de su terruño. Los rusos ocuparon nuevamente los mejores lugares de la administración y los mitos de ese nacionalismo fueron transformados en un ideal patriótico de la URSS. Pero esas ventajas fueron neutralizadas por las mixturas de los emigrados y la asimilación de los desplazados, que acompañó al inédito crecimiento de postguerra.

Esa absorción no borró las atrocidades previas, pero modificó sus consecuencias. En la prosperidad que primó hasta los años ochenta la convivencia de naciones atenuó la supre-

macía gran rusa. En la URSS no se verificó el colonialismo tardío que imperó en Sudáfrica y persiste en Palestina. Los privilegios de los rusos étnicos no implicaron racismo o apartheid.

Pero cualquiera sea la evaluación del colonialismo interno, corresponde puntualizar que esa dimensión no es determinante del eventual papel de Rusia como una potencia imperialista. Ese status es determinado por la acción externa de un Estado. Las dinámicas opresivas internas solo complementan un rol definido en el concierto global.

El sometimiento de minorías nacionales está presente en incontables países de porte mediano que nadie situaría en el selecto club de los imperios. En Medio Oriente, Europa Oriental, África y Asia hay numerosos ejemplos de padecimientos sufridos por las minorías marginadas del poder. El maltrato de los kurdos no convierte, por ejemplo, a Siria o Irak en países imperialistas; esa condición se define en el ámbito de la política exterior.

Complejidades de las tensiones nacionales

Los enfoques que resaltan la gravitación opresiva de la rusificación ponderan la resistencia a esa dominación. Por un lado, denuncian la exportación programada del principal grupo étnico para asegurar los privilegios que gestiona el Kremlin; por el otro, remarcan la progresividad de los movimientos nacionales que confrontan con la tiranía de Moscú (Kowalewski, 2014c)

Pero en esos conflictos no se verifica solo la pretensión rusa de preservar supremacía en

áreas de influencia. También se juega el propósito norteamericano de socavar la integridad territorial de su rival y el interés de las élites locales que pugnan por una tajada de los recursos en disputa (Stern, 2016).

La mayoría de las repúblicas escindidas de la tutela moscovita ha seguido secuencias semejantes de oficialización del lenguaje local en desmedro de los ruso-parlantes. Ese renacimiento idiomático apuntala la construcción práctica y simbólica de las nuevas naciones en el ámbito militar, escolar y ciudadano.

Occidente suele propiciar las fracturas que Moscú intenta contrarrestar. Esa tensión profundiza el choque entre minorías que frecuentemente cohabitan en localidades muy próximas. En muy pocas ocasiones la población es consultada sobre su propio destino; el fanatizado nacionalismo que auspician las élites locales obstruye esa respuesta democrática.

Estados Unidos incentiva todas las tensiones. Primero apuntaló la desintegración Yugoslavia y erigió una gran base militar en Kosovo para monitorear el radio aledaño; posteriormente alentó la independencia de Letonia, una corta guerra de Moldavia para incentivar la secesión y una fracasada embestida de su presidente georgiano contra Moscú (Hutin, 2021).

Los grupos dominantes nativos (que propician la creación de nuevos Estados) suelen revitalizar viejas tradiciones o construyen esas identidades desde cero. En los cinco países de Asia Central el yihadismo ha jugado un destacado papel en esas estrategias.

El caso reciente de Kazajistán es muy ilustrativo de los conflictos actuales. Una oligarquía de exjercarcas de la URSS se apropió allí de los recursos energéticos para compartir lucros con las petroleras de Occidente. Instrumentó un desenfrenado neoliberalismo, suprimió derechos laborales y forjó un nuevo Estado repatriando a los kazajos étnicos. De esa forma potenció el idioma local y la religión islámica, para aislar a la minoría ruso-parlante. Había alcanzado consumir ese operativo hasta la reciente crisis, que desembocó en el envío de tropas y la consiguiente restauración del padrinazgo de Moscú (Karpatsky, 2022).

Nagorno Karabaj ofrece otro ejemplo de la misma exacerbación del nacionalismo para afianzar el poder de las élites. En un enclave de pobladores armenios, que convivieron durante siglos con sus vecinos del territorio azerí, dos grupos dominantes han disputado la pertenencia del mismo territorio. Los armenios obtuvieron victorias militares (en 1991 y 1994) que fueron recientemente revertidas por los triunfos azeríes. Para asegurar su custodia de la zona (y disuadir la creciente presencia de los Estados Unidos, Francia y Turquía) Rusia auspicia salidas concertadas del conflicto (Jofré Leal, 2020).

Atribuir la enorme diversidad de tensiones nacionales a la mera acción dominante de Rusia es tan unilateral como asignar un perfil invariablemente progresista a los protagonistas de esos choques. En muchos casos hay legítimos reclamos, instrumentados en forma regresiva por las élites locales en sintonía con

el Pentágono. La simplificada impugnación del imperialismo ruso impide registrar esas circunstancias y complejidades.

Un status irresuelto

Diversos teóricos del imperio en reconstitución pierden de vista que Rusia carece actualmente del nivel cohesión política requerido para esa remodelación. El desplome de la URSS no generó un programa unificado de la nueva oligarquía o de la burocracia que maneja el Estado. El trauma suscitado por esa implosión dejó una gran secuencia de disputas.

El proyecto imperialista es efectivamente promovido por sectores derechistas que motorizan aventuras externas para lucrar con el redituable negocio bélico. Esa fracción reaviva las viejas creencias del nacionalismo gran ruso y sustituye el tradicional antisemitismo por campañas islamófobas. Confluye con la derecha europea en la oleada marrón, emite demagógicas diatribas contra Bruselas y Washington y focaliza sus dardos contra los inmigrantes.

Pero ese segmento imbuido de añoranzas imperiales confronta con la internacionalizada élite liberal, que propicia una fanática integración a Occidente. Ese grupo propaga los valores anglo-americanos y aspira a ganar un lugar para el país en la alianza transatlántica.

Los millonarios que integran este último bando resguardan su dinero en los paraísos fiscales, administran sus cuentas desde Londres, educan a sus hijos en Harvard y acumulan

propiedades en Suiza. La experiencia padecida con Yeltsin ilustra cuán demoleadoras son las consecuencias de cualquier gestión estatal de esos personajes, que se avergüenzan de su propia condición nacional (Kagarlitsky, 2015).

Navalni es el principal exponente de esa minoría endiosada por medios de comunicación norteamericanos. Desafía a Putin con el descarado sostén del Departamento de Estado, pero afronta las mismas adversidades de sus antecesores. El respaldo externo de Biden y el sostén interno de un sector de la nueva clase media no borra el recuerdo de la demolición perpetrada por Yeltsin.

La disputa de ese sector liberal encandilado con Occidente con sus rivales nacionalistas se desenvuelve en un amplio campo de la economía, la cultura y la historia. Las grandes figuras del pasado han resurgido como estándares de ambos grupos. Iván el Terrible, Pedro el Grande y Alejandro II son evaluados por su aporte a la convergencia de Rusia con la civilización europea o por su contribución al espíritu nacional. La élite liberal que desprecia a su país choca con la contra-élite que añora el zarismo. Ambas corrientes afrontan serios límites para consolidar su estrategia.

Los liberales quedaron desacreditados por el caos que introdujo Yeltsin. Putin asienta su prolongada gestión en el contraste con esa demolición. Su liderazgo incluye cierta recomposición de tradiciones nacionalistas amalgamadas con el resurgimiento de la Iglesia ortodoxa. Esa institución recuperó propiedades y

opulencia con el auxilio oficial a las ceremonias y el culto.

Ninguno de esos pilares aportaba hasta ahora el sustento requerido para apuntalar acciones externas más agresivas. La invasión de Ucrania es el gran test de esos cimientos. Contra esas aventuras conspira la conformación multiétnica del país y la ausencia de un Estado-nación convencional.

El propio Putin suele declamar su admiración por la vieja “grandeza de Rusia”, pero hasta la incursión a Kiev manejaba con cautela la política exterior, combinando actos de fuerza con sostenidas negociaciones. Buscó el reconocimiento del país como un jugador internacional, sin avalar la reconstrucción imperial propiciada por los nacionalistas. La continuidad de ese equilibrio se juega en la batalla de Ucrania.

Las miradas que dan por consumada la reconstitución de un Imperio ruso prestan poca atención a los frágiles pilares de esa estructura de dominación; pierden de vista que Putin no hereda seis siglos de feudalismo, sino tres décadas de convulsivo capitalismo.

La acotada escala de un curso potencial dominante de Rusia es registrada con mayor acierto por los autores que exploran distintas denominaciones (imperialismo en desarrollo, imperialismo periférico) para aludir a un status embrionario.

La búsqueda de un concepto singular diferenciado del imperialismo dominante es el propósito de nuestra indagación. La catego-

ría de “imperio no hegemónico” en formación propone una aproximación a esa definición. Pero la clarificación del tema exige continuar con la revisión de otros enfoques, los que evaluaremos en nuestro próximo texto.



Conmemoración por el 75 aniversario de la victoria sobre la Alemania nazi, Moscú, 24 de junio de 2020.

IV

Miradas benévolas

Algunos pensadores eximen al Kremlin de responsabilidades imperiales por padecer la hostilidad estadounidense (Clarke; Annis, 2016b). Pero esa agresión solo confirma la naturaleza de los acosadores sin escalear el status de los acosados. Que Rusia sea un blanco prioritario de la OTAN no coloca automáticamente a esa potencia fuera de la dinámica imperial.

Tampoco la pertenencia de viejos socios de la URSS a la Alianza Atlántica esclarece el perfil del gigante euroasiático. La exclusión o participación de Rusia en el círculo de los dominadores internacionales debe ser evaluada analizando la política exterior de Moscú.

¿Un perfil semicolonial?

La caracterización del status internacional de Rusia exige registrar que la renovada potencia incuba alguna variedad potencial de imperialismo. Ese punto de partida es rechazado en forma categórica por los autores que observan una gran proximidad del país con la dependencia semicolonial. Consideran que Rusia es una submetrópoli sometida a la dominación foránea (Razin, 2016).

Pero resulta muy difícil encontrar algún dato que avale ese diagnóstico. Salta a la vista que Moscú actúa como un gran jugador

internacional, que disputa con Washington el mayor arsenal atómico del planeta. Todas sus acciones ilustran un protagonismo exterior no solo en sus fronteras, sino también en caldeados escenarios del mundo, como Medio Oriente.

Es un irresoluble misterio la forma en que una semicolonía podría desplegar semejante presencia mundial. Tampoco se entiende cuál sería el aparato estatal foráneo que dominaría a Moscú. ¿Washington, Berlín, París? No tiene mucho sentido presentar a Putin –que confronta de igual a igual con Biden, Merkel o Macron– como un títere de esas metrópolis.

La calificación de Rusia como semicolonía se basa en algún dato perdido de gran incidencia económica foránea, en ciertas ramas de la producción o los servicios. Pero el concepto de semicolonía involucra la esfera política y presupone la carencia de soberanía. Las grandes decisiones de la administración rusa serían adoptadas por un mandante extranjero, siguiendo la norma que rigió en África, Asia o América Latina en el siglo XIX.

El desatino de esa caracterización deriva de recrear un concepto desactualizado. Las colonias y las semicolonias conformaban un dispositivo de dominación del imperialismo clásico, que perdió gravitación con la descolonización de postguerra. Las modalidades de explícita dependencia fueron sustituidas por otras formas de control foráneo más amoldadas a los intereses de las nuevas burguesías locales de la periferia.

Rusia no sintoniza con ninguna de las obsoletas situaciones de la última centuria. No encaja con un razonamiento guiado por la excluyente distinción entre dominadores imperialistas y dominados semicoloniales. No solo Rusia queda fuera de esa clasificación, la cruda y excluyente divisoria entre esas dos polaridades conduce a numerosos equívocos, como situar a Turquía en el universo semicolonial o a Corea del Sur entre los Estados imperialistas. La complejidad del siglo XXI es inabordable con simplificaciones de ese tipo.

Argumentos inadecuados

Otras miradas objetan en forma más razonable las tendencias imperiales de Rusia. Destacan la distancia que separa a Putin de los zares como un índice de la actual lejanía rusa de las ambiciones territoriales del pasado. Esa brecha histórica es efectivamente sideral, pero solo confirma que el imperialismo del siglo XXI mantiene pocas similitudes con sus antecesores. Ese divorcio no esclarece el escenario en curso ni clarifica el status de Rusia en la era contemporánea.

El alcance del poder militar del país es un aspecto más discutido para dirimir el status imperial (Williams, 2014). Algunos enfoques postulan que el enorme arsenal persiste como una simple herencia de la Unión Soviética, pero omiten que ese aparato no es tratado por Putin como un molesto legado a erradicar en el menor lapso posible. Esa actitud fue adoptada por Yeltsin y revertida por su sucesor. Desde hace

dos décadas Moscú moderniza su estructura bélica y tiende a transformarla en una gran carta de su política exterior.

Algunos analistas igualmente destacan la acotada efectividad práctica del dispositivo atómico de Rusia. Estiman que el poder de las fuerzas convencionales del país es muy limitado frente a los rivales de la OTAN (Clarke: Annis, 2016b). Pero esa evaluación soslaya otros planos de la acción bélica: Rusia es el segundo exportador de armas del mundo, está presente en unas cuantas zonas calientes y hace valer su enorme capacidad de provisión de instrumentos mortíferos.

Basta observar el contundente retorno del país al continente africano para notar esa influencia. En Mali la empresa privada de seguridad rusa Wagner sustituyó recientemente a los gendarmes franceses en la custodia del territorio, frente a dos poderosas organizaciones ligadas Al-Qaeda y Dáesh (Calvo, 2021). En la República Centroafricana la misma firma concretó un reemplazo semejante, tras haber ensayado ese operativo en Mozambique.

El regreso de Rusia al continente africano tiene poca significación económica, pero la venta de armas presenta una escala impactante. Casi un tercio de los nuevos pertrechos adquiridos por ese continente se negocian con Moscú y la mitad de los gobiernos africanos suscribió acuerdos militares con ese proveedor (Martial, 2021). La intervención en Siria aporta otro dato visible de la gravitación bélica en la política exterior rusa.

Tendencias opresivas

El protagonismo de Rusia en el mercado mundial de armamento complementa estrategias defensivas (frente a la presión estadounidense) y acciones de control directo en las áreas fronterizas. En esas incursiones Moscú no socorre a los vecinos, sino que refuerza sus propios intereses. La sugerencia de conductas solidarias embellece el sentido real de esos operativos.

De la misma forma que China comercia e invierte en la periferia para beneficiar a sus empresas, Rusia desplaza tropas, provee asesores y vende armas para acrecentar su incidencia geopolítica. La estrategia económica del gigante oriental y la diplomacia militar de la renaciente potencia moscovita no están guiadas por normas de cooperación.

Los últimos vestigios de esos principios quedaron sepultados con la desaparición de la Unión Soviética. Putin ni siquiera enunció alguna justificación para su reciente envío de gendarmes a Kazajistán; simplemente aplicó las cláusulas del tratado de Seguridad Recíproca (CSTO) para sostener a un régimen afín.

Los autores que soslayan la crítica a esa política de dominación suelen resaltar la presencia conspirativa del imperialismo occidental. Pero subrayan esa injerencia sin mencionar los atropellos de los gobiernos que apuntala Moscú. Presentan, por ejemplo, la reciente rebelión de Kazajistán como un golpe programado por las agencias estadounidenses (Usaid, ONGs), que fue sensatamente aplastado por los gendarmes rusos (Ramírez, 2022).

Esa interpretación omite la existencia de protestas masivas contra un gobierno neoliberal que eliminó todas las redes de seguridad social para enriquecer a la oligarquía de Nazarbáyev. Esa élite se ha repartido los enormes lucros de la renta petrolera con las compañías occidentales (Kurmanov, 2022).

Contra ese despojo han luchado los trabajadores petroleros en una larga sucesión de huelgas (2011, 2016) que fueron respondidas con palos por el oficialismo. La ilegalización del Partido Comunista y otras fuerzas de izquierda despeja cualquier duda sobre el perfil regresivo de ese Gobierno (Karpatsky, 2022).

La intervención militar rusa para sostener a ese régimen es muy ilustrativa de las tendencias opresivas de Moscú. Las miradas que esquivan ese curso suelen reproducir la imagen edulcorada que transmite la propaganda oficial, presentan las acciones de Rusia fuera de sus fronteras como datos corrientes de la realidad bélica contemporánea. A lo sumo exponen descripciones que no se esclarecen el sentido de esas incursiones.

Es cierto que el status imperial de Rusia no ha quedado zanjado, se encuentra en plena maduración y no se clarifica con definiciones sumarias. El país es hostilizado por los Estados Unidos y comparte con China cierta asociación en un bloque no hegemónico. Pero paralelamente incuba crecientes evidencias de una conducta externa opresiva, que son ignoradas por las miradas indulgentes.

Moscú no atravesó hasta ahora la frontera que separa la gestación de la consumación de un status imperial, pero esas tendencias están presentes en numerosos planos. Rusia no actúa a la par de los Estados Unidos, pero despliega conductas propias de un dominador. El desconocimiento de ese curso es prisionero de los razonamientos binarios, que reducen la división del mundo a dos campos. Con esa simplificación se idealiza a Rusia, olvidando la naturaleza capitalista del sistema político-social imperante en ese territorio. Ese cimiento otorga una potencialidad imperial significativa a un país con larga tradición de protagonismo en los asuntos mundiales.

Arbitrajes y tensiones

El hostigamiento de Occidente contra Rusia ha suscitado cierta simpatía hacia Putin en sectores del progresismo. Hay miradas comprensivas e incluso presentaciones del mandatario ruso como una figura heroica que enfrenta al imperialismo.

Ese enaltecimiento se ha intensificado al calor de una fuerte confrontación dentro de Rusia con la derecha liberal, que apadrina el Departamento del Estado. Putin choca con los ahijados del grupo que sepultó a la URSS y particularmente con Navalni, el personaje idolatrado por Washington y sostenido por los segmentos medios prooccidentales de Moscú y San Petersburgo.

Esos sectores consideran que Putin gobierna un país habitado por pobladores cultu-

ralmente inmaduros y estructuralmente incapaces de actuar en democracia. Con esa mirada despectiva hacia sus propios conciudadanos redoblan las campañas contra el “populismo” que los grandes medios de comunicación propagan en todo el planeta (Kagarlitsky, 2016).

Putin ha enfrentado con dureza a esa oposición derechista, prohibiendo sus manifestaciones y encarcelando a sus dirigentes. Con esa contundente respuesta neutralizó a los sucesores de Yeltsin y cohesionó el frente interno. Se apoya en los sectores que privilegian la estabilidad y apuntalan un entramado burocrático asentado en la población desfavorecida. El jefe del Kremlin ha demostrado, además, una gran capacidad para asimilar opositores y distribuir cuotas de poder.

El éxito de esa política acrecentó su imagen de líder que desbarata conspiraciones. Pero esa efectividad no lo transforma en exponente del progresismo. Las denuncias de su conducta represiva no son meras invenciones de la CIA, ha sido acusado de eliminar adversarios con polonio en Londres y de ordenar el derribo del vuelo que causó trescientas muertes civiles en 2014. Recientemente ilegalizó a la organización Memorial, que investiga los crímenes del estalinismo (Poch, 2022)

Putin preside un régimen que restauró el capitalismo para beneficiar a los oligarcas en desmedro de la mayoría popular. Su prolongada continuidad al frente del Estado asegura los privilegios de los millonarios, que controlan los sectores más rentables de la economía.

El presidente ruso prioriza el mantenimiento de su autoridad entre los distintos segmentos de la élite. Trabaja para sostener el equilibrio entre esas fracciones y renueva periódicamente los acuerdos con los partidos próximos o distanciados del oficialismo (Rusia Justa, Gente Nueva, Rusia Unida) (Kagarlisky, 2021). Con ese liderazgo sostiene una política exterior de resistencia a la OTAN y recuperación del control del espacio postsoviético.

Hasta la incursión a Ucrania Putin se manejaba con mucha astucia en la arena internacional: afianzó el bloque defensivo con China, pero intensificó las relaciones con los rivales de Beijing (Corea del Sur, Japón, India, Vietnam) para contrapesar la adversa brecha económica con su socio. Estas jugadas en el plano global permiten sostener la prolongada supremacía interna del mandatario moscovita.

La izquierda frente a Putin

Putin construyó su liderazgo durante su gestión inicial de 1999-2008. Después aseguró otro mandato en 2012 y posteriormente modificó la Constitución para extender su presidencia con enmiendas que le permitirían gobernar hasta el año 2036.

Esa perdurabilidad es reforzada con mecanismos de fraude institucionalizado que garantizan resultados favorables en todas las votaciones. Algunos analistas estiman que en las recientes elecciones conservó la mayoría de la Duma mediante falsificaciones del sistema electrónico de votación (Krieger, 2021).

Esas anomalías no son denunciadas solo por los sesgados observadores de Occidente, son expuestas también por las corrientes de izquierda que actúan dentro de Rusia. Remarcan la existencia de incontables trabas para oficializar candidaturas opositoras y mencionan el empleo de sofisticados dispositivos para añadir o sustraer votos.

Pero, a diferencia del pasado, Putin comienza a enfrentar serios escollos. En los recientes comicios triunfó con el peor resultado desde 2003 y su gestión de la pandemia fue muy objetada por el reducido apoyo del Gobierno a la población. En un escenario de cierres de negocios, pérdidas de puestos de trabajo y penurias entre los migrantes del interior privilegió los beneficios fiscales a las grandes empresas.

La izquierda dentro de Rusia debe lidiar con un presidente en conflicto con el agresor norteamericano, que consolida al mismo tiempo un régimen capitalista asentado en la desigualdad. La erosión de la cohesión social y la profunda desmoralización política han obstruido hasta ahora la masificación de las protestas. Las negativas consecuencias de la implosión de la URSS continúan pesando en una sociedad afectada por la frustración y la apatía.

Pero los promisorios resultados de la izquierda en las últimas elecciones introducen una cuota de esperanza para salir de ese túnel. El Partido Comunista (KPRF) obtuvo su mejor resultado desde 1999 y se consolidó como la segunda fuerza en la Cámara de Diputados. Esa

organización ha oscilado entre el sostén y la crítica al Gobierno, pero introdujo una apertura hacia corrientes radicales insertas en la lucha social. Esas vertientes integradas a sus listas de candidatos modificaron el tono de la última campaña electoral (Budraitskis, 2021).

Antiimperialismo y sujeto popular

Putin es visto con simpatía en sectores del progresismo por su promoción de la multipolaridad como alternativa geopolítica a la preeminencia norteamericana. Pero existen pocas certezas sobre el contexto que genera esa configuración; hasta ahora la multipolaridad alberga una heterogénea variedad de regímenes que no comparten un patrón común.

Ese curso facilita un escenario mundial más favorable para los proyectos populares que el cuadro anterior de dominación unilateral estadounidense. Pero la nueva dispersión del poder (o su ordenamiento en torno a un bloque no hegemónico) está muy lejos de apuntalar la resistencia al imperialismo. La multipolaridad tampoco pavimenta un rumbo alternativo a la dinámica destructiva que desenvuelve el capitalismo. Conviene tener presente este diagnóstico a la hora de evaluar el marco internacional.

Una mirada socialista exige abandonar las caracterizaciones exclusivamente centradas en los acontecimientos geopolíticos, que dirimen la primacía de una u otra potencia. Los enfoques de izquierda deben focalizar su atención en los intereses populares y las batallas contra las clases dominantes de cada país.

El frecuente olvido de las luchas democrático-sociales es un corolario de la sustitución del análisis político por su equivalente geopolítico. El primer abordaje enfatiza el papel de las fuerzas sociales en conflicto; y el segundo realza la disputa entre potencias por la dominación global. De la excluyente atención a esos choques surge la expectativa de logros progresistas por el mero avance de la multipolaridad. Esa esperanza está centrada en las pulseadas internacionales favorables de ciertos gobiernos, sin tomar en cuenta los sucesos que impactan sobre las organizaciones populares.

Por ese desinterés en los acontecimientos por abajo se malinterpretan muchas rebeliones que estallan contra los gobiernos del bloque no hegemónico. Esos levantamientos son automáticamente descalificados o identificados con las conspiraciones externas. Hay una gran sensibilidad para detectar los complots de la CIA y una total indiferencia para registrar la legitimidad de las protestas contra el autoritarismo y la desigualdad.

Esa tónica tiende a prevalecer entre los autores que elogian a Putin, auscultando el escenario global con el exclusivo filtro de su confrontación con Washington. Suponen que el destino de los pueblos se dirime en el Kremlin y no en las calles.

La acción popular no abre por sí misma caminos de emancipación y es instrumentada a veces por el imperialismo o las élites locales. Pero es imposible construir otro futuro sin actuar en ese campo y sin disputar la primacía

de un proyecto socialista en el universo de los desposeídos. La clarificación del status imperial de Rusia contribuye a esa construcción alternativa.

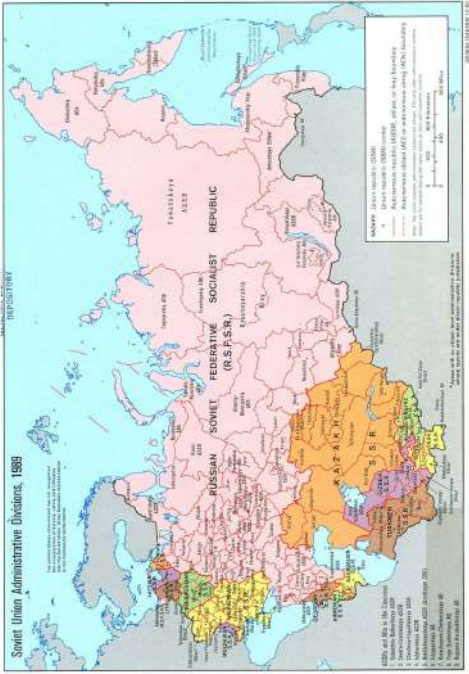
Anexos

Mapa 1



El imperio ruso (hasta 1914).

Mapa 2



La URSS (1989).

Mapa 3



Federación Rusa (actual).

Bibliografía

Asiner, Julian (2022). "El cambalache", *Políticaobrero.com*, 17 de marzo de 2022.

Anderson, Perry (2015). "Rusia inconmensurable", *New Left Review* N° 94, septiembre-octubre 2015.

Armanian, Nazanín (2020). "El suicidio armenio y la 'Doctrina Primakov'", *Rebelión*, 27 de noviembre de 2020.

Batou, Jean (2015). "Impérialismes d'hier et d'aujourd'hui: Poutine, la guerre en Ukraine et l'extrême droite", *Pressegauche.org*, 14 de abril de 2015.

Budraitskis, Ilyá (2021). "Vista con Mikhail Lobanov Rusia tiene un nuevo movimiento socialista", *Vientosur.info*, 8 de octubre de 2021.

Buster, Gustavo (2022). "La guerra imperialista en Ucrania y la lucha por la paz", *Sinpermiso.info*, 27 de febrero de 2022.

Buzgalin, A., Kolganov, A., Barashkova, O. (2016). "Russia: A new imperialist power?", *International Critical Thought*, 6(4), 2016.

Calvo, Guadi (2021). "La República Soviética de Mali", *Rebelión*, 29 de diciembre de 2021.

Carccione, Carlos (2020). "La vocación imperialista del capitalismo chino", *Lis-isl.org*, 15 de mayo de 2020.

Clarke, Renfrey; Annis, Roger (2016a). "Perpetrator or victim? Russia and contemporary imperialism", *Academia.edu*, February 7, 2016.

_____ (2016b). "The Myth of 'Russian Imperialism': in defence of Lenin's analyses", s.d.

Desai, Radhika; Freeman, Alan; Kagarlitsky, Boris (2016). "The Conflict in Ukraine and Contemporary Imperialism", *International Critical Thought*, 6(4), 2016.

Di Palma, Gustavo (2019). "Putin y el nuevo imperialismo", *La Voz*, 26 de mayo de 2019.

Dolek, Levent (2018). "The Character of War in 21st Century: Are China and Russia a target or a side of the war?", *World Revolution* N° 1, octubre de 2018.

Ellner, Steve (2022). "La polémica en la izquierda sobre Ucrania", *Rebelión*, 23 de marzo de 2022.

Escobar, Pepe (2022). "La estepa en llamas: revolución de colores de Kazajistán", *Pressenza.com*, 8 de enero de 2022.

García, Sergio (2022). "Sobre Putin y el imperialismo ruso. Algunos debates", *MST.org.ar*, 9 de marzo de 2022.

Hudson, Michael (2022). "Ucrania: los Estados Unidos quiere evitar que Europa comercie con China y Rusia", *Rebelión*, 12 de febrero de 2022.

Hutin, Ignacio (2021). "Qué fue de cada una de las 15 repúblicas soviéticas a 30 años del fin de la URSS", *Infobae.com*, 12 de diciembre de 2021.

Ishchenko, Volodymyr; Yurchenko, Yuliya (2019). *Ukrainian Capitalism and Inter-Imperialist Rivalry*, Technical University Dresden, Dresden, Germany University of Greenwich, London, UK, 2019.

Jofré Leal, Pablo (2020). "Guerra en el Cáucaso sur", *Resumenlatinoamericano.org*, 10 de febrero de 2020.

_____ (2021). "La OTAN contra Rusia", *Telesur*, 22 de diciembre de 2021.

Kagarlitsky, Boris (2015). "On Ukraine interviewed by Antoine Dolcerocca & Gokhan Terzioglu", *Democracyandclasstruggle.blogspot.com*, 24 de mayo de 2015.

_____ (2016). "Ukraine and Russia: Two States, One Crisis", *International Critical Thought*, 6(4), 2016.

_____ (2017). *Empire of the Periphery: Russia and the World System*, Pluto Press, s.d., 2017.

_____ (2021). "An 'Accumulation fo Anger' in Putin's Russia: an Interview

With Boris Kagarlitsky”, *Counterpunch.org*, April 21, 2021.

_____ (2022). “Detrás del desastre ruso en Ucrania. Entrevista”, *Sinpermiso.info*, 16 de abril de 2022.

Karpatsky, Kolya (2022). “Los disturbios de Kazajstán”, *Sinpermiso.info*, 23 de enero de 2022.

Katz, Claudio (2004). *El porvenir del socialismo, Herramienta e Imago Mundi*, Buenos Aires, 2004.

_____ (2011). *Bajo el imperio del capital*, Luxemburg, Buenos Aires, 2011.

_____ (2021a). “China: Tan distante de imperialismo como del Sur Global”, *Lahaine.org/katz*, 26 de abril de 2021.

_____ (2021b). “O subimperialismo no Oriente Medio”, *Reoriente*, vol. 1, n. 2, Universidade Federal do Rio de Janeiro, 2021.

_____ (2022a). “Dos confrontaciones en Ucrania”, *Lahaine.org/katz*, 1 de marzo de 2022.

_____ (2022b). “Diagnósticos y controversias sobre Ucrania”, *Lahaine.org/katz*, 12 de abril de 2022.

King, Sam (2014). “Lenin’s theory of imperialism: a defence of its relevance in the 21st century”, *Marxist Left Review* N° 8, 2014.

Kowalewski, Zbigniew (2014a). "Impérialisme russe", *Inprecor* N° 609/610, octubre-décembre 2014.

_____ (2014b). "Tres formas históricas del imperialismo ruso", *Vientosur.info*, 10 de diciembre de 2014.

_____ (2014c). "Ucrania. La primavera de los pueblos ha llegado a Europa", *Cadtm.org*, 13 de marzo de 2014.

Krieger, Léonid (2021). "Élections: résultats et perspectives", *Inprecor* N° 689/690, septembre-octobre 2021.

Kurmanov, Ainur (2022). "Una revolución de color o un levantamiento de la clase trabajadora", *Sinpermiso.info*, 8 de enero de 2022.

La Vanguardia, (2020). "¿Ha vuelto el Imperio Ruso?", *La Vanguardia*, 15 de febrero de 2020.

Lenin, Vladimir Ilich (1915). "El socialismo y la guerra (La actitud del P. O. S. D. R. ante la guerra), julio-agosto de 1915", en <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/1915sogu.htm>

_____ (1916). *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Quadrata, Buenos Aires, 2006.

Lipatti, Ava (2017). "Russophobia and the logic of imperialism", *Hamptonthink.org*, June 8, 2017.

Luzzani, Telma (2021). *Crónicas del fin de una era*, Batalla de Ideas, Buenos Aires, 2021.

Matveev, Ilya (2014). "Les bellicistes", *Inprecor* N° 607/608, août-septembre 2014.

Martial, Paul (2021). "Rusia en África: mercenarios y depredación", *Sinpermiso.info*, 29 de enero de 2021.

Nováez Guerrero, José Ernesto (2021). "A 30 años del derrumbe soviético. Balances y reflexiones", *Medium.com/la_tiza*, 27 de diciembre de 2021.

Piqueras, Andrés (2020). "¿Occidente contra Rusia (y China)", *Redhargentina.wordpress.com*

Poch de Feliu, Rafael (2022). "La invasión de Ucrania", *Rebelión*, 22 de enero de 2022.

Presumey, Vincent, (2015). "Les impérialismes au miroir de la crise ukrainienne", *Inprecor* N° 611, janvier 2015.

Pröbsting, Michael (2012). "Rusia y China como Grandes Potencias Imperialistas", s.d., 15 de enero de 2012.

Proyect, Louis (2014) "Is Russia imperialist: a reply to Roger Annis and Sam Williams", *Louisproyect.org*, 22 de junio de 2014.

_____ (2019). "Anti_Imperialism in the Age of Great Power Rivalry", *Louisproyect.org*, 22 de abril de 2019.

Ramírez, Marcelo (2022). "Rusia aplasta el nuevo Maidán, ¿una guerra biológica se revela?", *Kontrainfo.com*, 12 de enero de 2022.

Razin, I. (2016). "Rusia: ¿país imperialista o semi colonia?", *Litci.org*, 14 de febrero de 2016.

Rocca, Saúl (2020). "La crisis capitalista y el debate sobre el rol de China", *Izquierdasocialista.org.ar*, 5 de agosto de 2020.

Sakwa, Richard (2021). "Comprender el pensamiento estratégico ruso. El mundo visto desde Moscú", *Rebelión*, 13 de diciembre de 2021.

Schuster, Mariano (2017). "¿El «retorno ruso» a América Latina? Entrevista a Vladimir Rouvinski", *Nuso.org*, noviembre de 2017.

Smith, Stansfield (2019). "Is Russia imperialist?", *Mronline.org*, 2 de enero de 2019.

Stern, Johanness (2016). "L'«impérialisme» de la Russie et de la Chine", *WSWS.org*, 30 abril 2016.

Testa, Claudio (2020). "Un sistema mundial de Estados 'multipolar' con tendencias crecientes a la inestabilidad", *Izquierdaweb.com*, 25 de enero de 2020.

Tirado, Arantxa; Caballero Escalante, Félix (2019). "Rusia en América Latina: ¿amenaza para EEUU?", *Celag.org*, 6 de agosto de 2019.

Tooze, Adam (2022). "El desafío de Putin a la hegemonía occidental", *Sinpermiso.info*, 29 de enero de 2022.

Vasco, Pablo (2022). "Algunos debates", *MST.org.ar*, 10 de febrero de 2022.

Vernyky, Oleg (2022). "Los trabajadores rusos son nuestros hermanos en la lucha anticapitalista", *MST.org.ar*, 10 de febrero de 2022.

Wallerstein Immanuel, (1979). *El moderno sistema mundial*, tomo I, Siglo XXI, México, 1979.

Wallerstein, Immanuel; Derluguian, Georgi (2014). "De Iván el Terrible a Vladímir Putin: Rusia en la perspectiva del sistema-mundo", *Nueva Sociedad*, N° 253, 2014.

Weiniger, Patrick (2015). "Understanding imperialism: a reply to Sam King", *Marxist Left Review* N° 9, 2015.

Williams, Sam (2014). "Is Russia Imperialist?", *Critiqueofcrisistheory.wordpress.com*, 2014.

Sobre el autor

Claudio Katz

Licenciado en Economía por la Universidad de Buenos Aires (UBA), Argentina, y doctor en el área de Geografía. Dirige proyectos de la UBA y es investigador del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conicet). Se desempeña como profesor de las cátedras Economía para Historiadores y Economía II en las Facultades de Filosofía y Letras y Ciencias Sociales de la UBA. Entre sus libros destacan *El porvenir del socialismo* (Herramienta e Imago Mundi, Argentina, 2004), *Las disyuntivas de la izquierda en América Latina* (Luxemburg, Argentina, 2008), *Bajo el imperio del capital* (Luxemburg, Argentina, 2011) y *Neoliberalismo, neodesarrollismo, socialismo* (Batalla de Ideas, Argentina, 2016).

Índice

	<i>Pág.</i>
Presentación	5
I. Gestación no hegemónica	7
II. El legado de Lenin	29
III. Continuidades, reconstituciones y rupturas	45
IV. Miradas benévolas	69
Anexos	
Mapa del Imperio ruso	85
Mapa de la URSS	86
Mapa de Rusia actual	87
Bibliografía	89
Sobre el autor	97

Otras obras publicadas de libre acceso



Reflexiones en torno al golpe de Estado en Bolivia

Boris Ríos y Javier Larraín

¿Qué ocurrió para que un proceso de tan larga data y con una amplia base popular como el boliviano se desplomara con tanta facilidad en 2019? ¿Por qué los propios movimientos sociales y partidos de izquierdas no dieron un paso al frente para ofrecer una resistencia vigorosa a los golpistas? ¿Qué estrategias y tácticas trazó la burguesía criolla para aunar y movilizar a clases medias, gremios, asociaciones patronales, Policía y Fuerzas Armadas, crear bandas paramilitares y parapoliciales a la par de coquetear con la opción electoral, las que con éxito asestaron un nocaut al campo popular?

Esas son algunas de las preguntas que buscaremos responder en este trabajo, pues, para nosotros, testigos directos y adherentes del Proceso de Cambio, su colapso precipitado, sin ser inesperado, igual nos causó conmoción.

<https://editorialinti.wixsite.com/libros/product-page/reflexiones-en-torno-al-golpe-de-estado-en-bolivia>



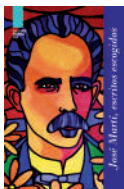
El ciclo estatal de las luchas en Bolivia (2006-2019). Crónica de una muerte anunciada y la política actual

Jorge Viaña

La historia no se explica por lo que no hubo, sino por lo que hubo efectivamente. Y en La Paz, en esas jornadas quedó al desnudo la cruda realidad de que a esas alturas no había nadie que saliera a defender al gobierno de Morales. Era un Gobierno huérfano de masas, de las que se jactaba tanto que lo iban a defender. ¿Cómo pudo ser posible esto? Lo que justamente los despistados conservadores, de un lado y del otro, consideraban casi imposible, se dio. Veamos cómo ocurrió eso.

Lo único que quedó fue un golpe de Estado que mostró que había un Gobierno huérfano de masas, siendo que se reclamaba “amo y señor” de estas. La realidad parecía que sobrepasaba a la ficción. Revisemos esta paradoja y cómo se llegó a esa triste realidad. Con lo cual se cayó no solo el gobierno del MAS, sino un proyecto popular y de masas, que es lo peor de todo.

<https://editorialinti.wixsite.com/libros/product-page/el-ciclo-estatal-de-las-luchas-en-bolivia-2006-2019>



José Martí, escritos escogidos

José Julián Martí Pérez

Con motivo del 127 aniversario de la caída en combate de José Martí, el Movimiento Boliviano de Solidaridad con Cuba en La Paz, junto a otras organizaciones, ha encomendado a Editorial Inti hacer un folleto con parte de la vasta obra de aquel cubano universal, así nace *José Martí, escritos escogidos*.

En las siguientes páginas las lectoras y los lectores podrán acceder a una selección del autor, acercándose a su narrativa, poesía, correspondencia, así como a un escrito periodístico y otro político, todo recogido de dos ediciones de sus *Obras completas* (Centro de Estudios artianos, 2001; y Centro de Estudios Martianos y Clacso, 2016).

Se ha decidido comenzar con una “Biografía mínima”, a modo de contextualizar epocalmente la vida y obra de Martí.

<https://editorialinti.wixsite.com/libros/product-page/jos%C3%A9-mart%C3%AD-escritos-escogidos>

